



Teatro

QUINCE ANTES DE LA DECADA

(Obra en un acto)

Luis Eduardo Reyes

Al abrirse el telón encontramos a Mario ante un monitor y una editora de video en el extremo derecho del escenario. Trabaja editando imágenes. Tiene audífonos con micrófono integrado por donde se comunica con alguien. Las imágenes que se logran ver en la pantalla tienen que ver con comerciales de las fiestas navideñas.

MARIO: Ésta la voy a editar con el rollo tres. Sí. No. Al menos el director fue lo que dijo. *(Escucha algo.)* No sé. Pregúntale a él.

Mario consulta su Reloj.

MARIO: Apúrate a traerme el otro rollo, por favor. Es que si no me cierran la caja y tengo que cobrar. Órale pues. ¡Ah, oye! Voy a incluir los nuevos comerciales. Sí. Aquí tengo ya la cinta. *(La toma y la muestra.)* Bueno, ya estuvo.

Entra efecto de ruido de cinta de video a gran velocidad. Un mostrador entra del lado izquierdo del escenario. Marcela y su amiga platican ad libitum sobre la temporada de navidad (compras, regalos, vestidos, vacaciones, etc.). Sobre el mostrador se lee: "bodega". Un radio portátil está encendido y se escuchan comerciales.

AMIGA: ¡Ay Marcela! De veras, ya cámbiale. Son puros comerciales.

MARCELA: Ahorita. . .

CARGADOR 1: *(Fuera de escena.)* ¡Viene, viene, viene! Quiébrate a la derecha.

CARGADOR 2: Pues tú. Yo ya.

Marcela y su amiga voltean fuera de escena.

AMIGA: Ya llegaron, tú.

MARCELA: ¡Qué mala suerte!

AMIGA: ¿Por qué?

MARCELA: Es que tengo que ir a la caja. No he cobrado.

AMIGA: Sí es cierto. Mira manita. . .

CARGADOR 1: ¿quién están las sillas del foro 2.

AMIGA: *(Al Cargador.)* Sí. *(A Marcela.)* Vete tú. Yo las recibo.

MARCELA: Gracias, manita.

CARGADOR 2: ¿Pasamos o no pasamos. . . manita?

AMIGA: *(Al Cargador.)* No me llevo así, ¿eh?

CARGADOR 1: Nomás dénos el recibito, no sea mala.

MARCELA: Bueno. Ya me voy. Ahí nos vemos mañana. Otra vez gracias mana.

Marcela toma su bolso y se dispone a salir, pero su amiga la detiene.

AMIGA: No hay de qué, mana.

CARGADOR 1: ¡Ya manitas, por favor!

MARCELA: Pero mañana me toca. . . “mana”.

CARGADOR 1: *(Desesperado.)* ¡Uta!

El Cargador 2 se ríe.

MARCELA: *(Recogiendo sus cosas.)* Nos vemos entonces.

Al mismo tiempo, Mario termina de editar y sale de escena con todo y monitor.

AMIGA: *(A los cargadores.)* Bueno, ahora sí. A ver. ¿Cuántas sillas son, y de dónde?

Marcela camina hacia el extremo derecho del escenario. Busca en su bolso un papel. De ese mismo lado, aparece una hilera de maniqués que asemejan la fila de burócratas en espera de cobrar en la caja (que no vemos.) Ella se forma detrás de ellos. Al tiempo, sale la amiga de Marcela con todo y recibidor. Mario entra a escena y se forma detrás de ella. Enciende un cigarro. Marcela tiene deseos de ir al baño.

MARCELA: Oiga. . . ¿Me guarda tantito mi lugar? . . . Please.

MARIO: *(Algo coqueto.)* Sí, claro.

MARCELA: No me tardo. Voy al tocador. Gracias.

Marcela sale de escena. La fila se acorta cada vez. Al mismo tiempo que se escucha la voz fuera de escena.

CAJERO: ¡El que sigue!

Marcela llega a tiempo.

MARCELA: Gracias.

Mario asiente contestando. Después de una pausa habla.

MARIO: (*Molesto.*) ¡Cómo se tardan!

MARCELA: Ya casi llegamos a la caja.

MARIO: Estos días son un problema para cobrar.

MARCELA: Sobre todo hoy.

MARIO: Y para colmo, viernes. Creo que ya me toca.

Salen los maniqués y entra una caja (recibidor de pagos) para instalarse frente a Marcela.

CAJERO: El que sigue. ¿Número de cuenta?

MARCELA: 1723659-1 Bodega de muebles.

EMPLEADA: Aquí está el cheque. Firme sobre la línea punteada, por favor. Y su quincena en pago normal.

MARCELA: ¿Cómo en cheque? El retroactivo iba a ser en efectivo.

EMPLEADA: Cantidades tan fuertes solamente se entregan en cheque, nunca en efectivo.

MARCELA: ¡Eso no me dijeron! Ya no me va a alcanzar el día para comprar lo que tengo que comprar, y encima ahora cobrar el cheque en el banco. No es posible.

EMPLEADA: Si quiere hacer algún reclamo, pase con el señor Morales.

MARCELA: (*Cortante.*) Bueno, ya está bien.

EMPLEADA: (*Agresiva.*) ¡Pues eso es lo que yo digo! ¡El que sigue!

Marcela sale de escena al tiempo que Mario pasa con la empleada.

EMPLEADA: (*Igual.*) ¡Y usted qué...!

MARIO: (*Macho.*) ¿Yo qué de qué?

EMPLEADA: ¡A poco usted también...!

MARIO: Sí, y se me hace una arbitrariedad. No es justo.

EMPLEADA: Yo solamente hago lo que me piden. No me diga cosas. ¿Qué quiere que haga?

El escenario se oscurece. Al encenderse las luces, escuchamos ruido ambiental de calle (claxons, voces, coches, aviones, etc.). Marcela entra al escenario y se dirige a un teléfono público. Mario hace lo mismo pero a otro teléfono justo atrás en el que Marcela se encuentra.

MARCELA: (*Por el teléfono.*) ¿Javier?

VOZ DE JAVIER: ¡Qué pasó! Te estamos esperando.

MARCELA: Es que estoy en la calle todavía.

MARIO: *(Por teléfono.)* ¡Esta pendeja Leonor no contesta!

Mario enciende otro cigarro y fuma.

MARCELA: Tengo que ir al banco a cobrar el cheque. ¿Por qué no pasas por mí?

Mario vuelve a marcar pero nadie le contesta. Se desespera.

VOZ DE JAVIER: Te dije hoy en la mañana que si querías que pasara por ti. Llevas mucho dinero. Me dijiste que no, que tú sola podías. Te dije que estaba bien, lo que tú decidas. Qué...

MARCELA: *(Tolerante.)* Bueno, eso fue en la mañana. Ahorita necesito que pases por mí.

VOZ DE JAVIER: *(Molesto.)* ¡Está bien! ¡Pero qué terca eres!

MARCELA: *(Enojada.)* ¿Sabes qué...? Olvídalo.

VOZ DE JAVIER: Ya dije que iba.

MARCELA: No, no, ya déjalo así.

VOZ DE JAVIER: Voy por ti.

MARCELA: Nos vemos en la tarde.

Marcela cuelga. Mario cuelga, sale de la caseta.

MARIO: ¡Pendeja!

Prácticamente la grosería se la dice a Marcela.

MARCELA: ¡Otra vez!

MARIO: *(Cubriéndose la boca.)* ¡Perdón! *(Apaga su cigarro en el piso.)*

MARCELA: No se preocupe.

MARIO: Es que... De veras. Mil disculpas. Yo...

MARCELA: ¿Usted también?

MARIO: ¿Qué, lo de pendejo?

MARCELA: *(Ríendose.)* No, hombre, que si le pagaron con cheque.

MARIO: También... ¿Usted cree?

MARCELA: Ahora a ver si me alcanza el tiempo para hacer todas mis compras.

MARIO: Sí. Oiga. ¿Va al mismo banco que yo?

Los dos se muestran sus respectivos cheques.

MARCELA: Sí.

MARIO: ¡Híjole...! Sumando lo suyo y lo mío, es un buen billete.

MARCELA: Sí. Pero todo ya está apartado.

MARIO: Yo también. Lo malo es que siempre es lo mismo. Cada año hay que comprar lo mismo. ¿No es cierto?

MARCELA: Bueno, de alguna manera ya me acostumbré.

MARIO: Sí es cierto. Es lo malo. (*Soñando.*) Tener dinero... y gastarlo siempre en lo mismo.

MARCELA: (*Viendo su reloj.*) Nos van a cerrar el banco.

MARIO: Y nosotros aquí soñando.

Los dos corren fuera del escenario. Salen sonidos ambientales de calle. Las luces cambian hacia un atardecer. Vuelven a entrar a escena. Caminan lentamente y se detienen en proscenio. Entra con ellos el sonido ambiental de calle, pero ahora en tercer plano. (Transición de tiempo).

MARIO: (*Siguiendo una conversación previa.*) Pues imagínese usted. Se me juntó la quincena, con un préstamo fuerte que tuve que hacer. Compromisos, usted sabe.

MARCELA: ¡Qué coincidencia! Casi. A mí me pagaron unos retroactivos que me debían.

MARIO: ¡No me diga! ¿Los de hace 8 meses?

MARCELA: Sí, la computadora se equivocó y me debían, pues bastante dinero. (*Después de una pausa.*) Bueno.

MARIO: Bueno. Ya cobramos...

MARCELA: Este, yo me tengo que ir a mi casa. Ya me están esperando.

MARIO: Gusto en conocerla. A ver si por ahí nos vemos. Es que es tan grande la estación, que nomás conozco a los que están en mi área. Y como todo el día me la paso en la editora, pues menos. Imagínese que en todo el tiempo que llevo trabajando ahí, conozco a todos los artistas, pero en cinta.

MARCELA: Le tocó mejor. Yo nomás conozco donde se sientan. ¡Puro mueble! (*Pausa.*) Bueno. Este. Adiós.

Se dan la mano con pena. Marcela se va hacia su izquierda y evita voltear. Mario hace lo mismo pero en dirección opuesta, voltea. Se detiene y luego la alcanza.

MARIO: Espere, pero qué tonto.

MARCELA: ¿Cómo?

MARIO: Ya la iba a dejar ir así nomás.

Marcela no entiende.

MARIO: Tiene mucho dinero ahí en su bolsa. ¡Qué tal si la asaltan! No. Yo la acompaño a su casa, pues faltaba más.

MARCELA: ¡Ay, no se moleste! De veras.

MARIO: No es molestia. Total, yo también iba a hacer algunas compras, pero no me urgen mucho. Más bien es para los regalos de navidad.

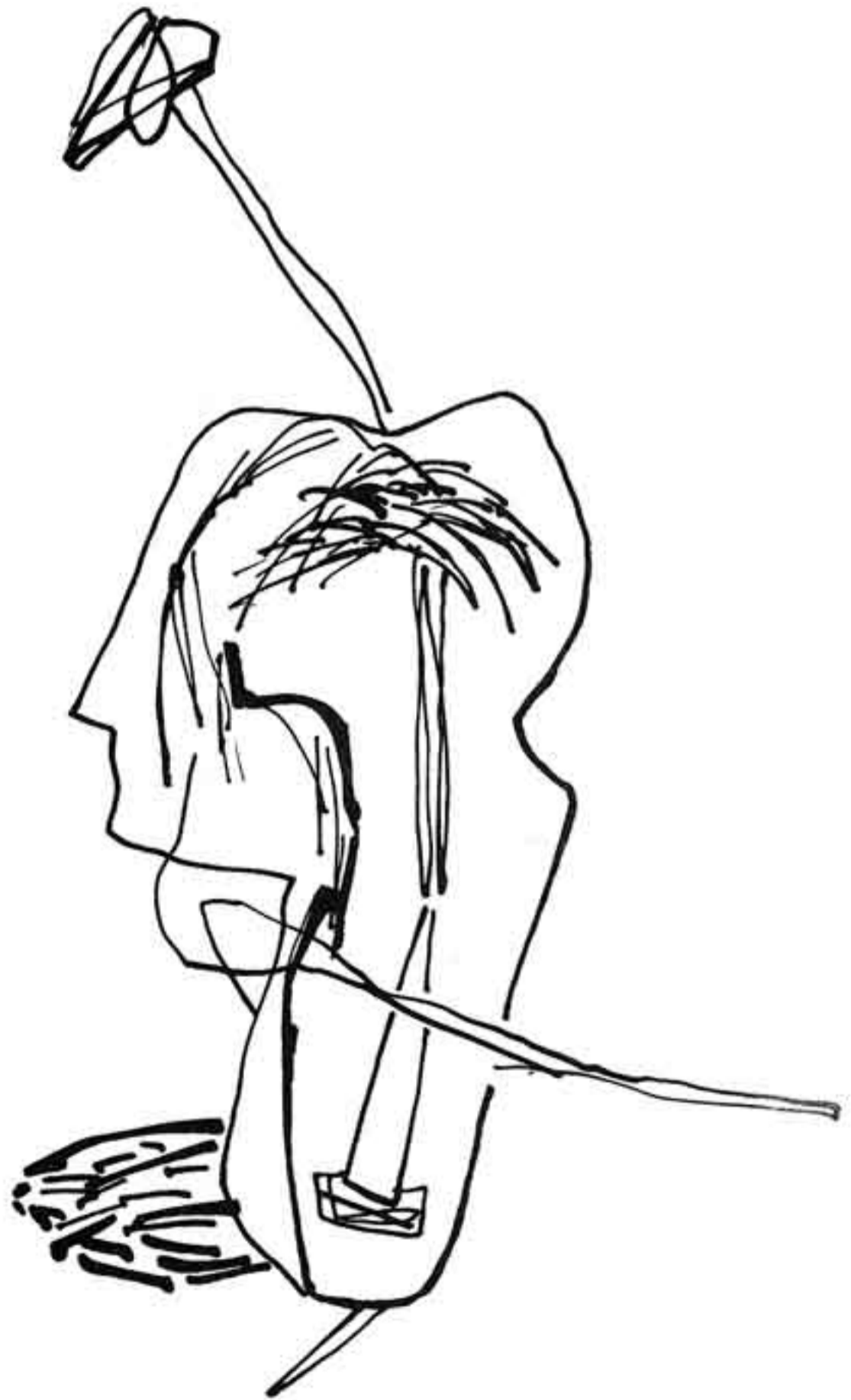
MARCELA: Sí, ya estamos cerca.

MARIO: (*Despreocupado.*) Bueno, todavía tenemos algunos días para el 25. La acompaño.

Viñeta

Serie Cantata criolla

Mauricio Cervantes Rodríguez



MARCELA: (*Ríe.*) Bueno, la verdad es que ya no iba a mi casa. Más bien iba a comer y luego pasar a comprar algunas cosas.

MARIO: Yo también. Así nos acompañamos.

MARCELA: (*Después de pensarlo un poco.*) Bueno. Está bien.

Mientras sucede la acción, un mesero coloca una mesa y un par de sillas. Los platos ya están sucios. (Transición de tiempo). Marcela y Mario se sientan. (Transición de tiempo). Mario enciende otro cigarro y fuma. Luego le ofrece otro a ella pero Marcela niega con la cabeza.

MARIO: (*Al mesero fuera de escena.*) La cuenta por favor.

Marcela saca su monedero y desprende billetes de una grapa.

MARCELA: ¡Ay, cada día hacen las grapas más grandotas!

Mario hace lo mismo.

MARIO: De ninguna manera voy a dejar que usted pague.

Los dos intentan desprender sus billetes pero se les hace muy difícil.

MARCELA: No. Ya abusé mucho de su tiempo. Gracias. Yo quiero pagar.

MARIO: Más bien, el que logre quitar primero la grapa.

MARCELA: (*Ríe.*) Sí, verdad. ¡Gané! ¡Mesero!

MARIO: No se vale. Mi quincena es de más.

MARCELA: No es cierto. Yo gano más.

MARIO: ¿Quién dice?

MARCELA: ¿A ver su recibo?

Los dos comparan sus recibos.

MARCELA: ¡Ándele, ya ve!

MARIO: De todas maneras yo soy el hombre. Y el hombre paga siempre.

MARCELA: (*Queriendo ser agradable.*) Bueno, casi siempre.

MARIO: (*Notoriamente ofendido.*) No. Siempre.

Marcela se da cuenta y prefiere no insistir. Espera que Mario desengrape los billetes. Se tarda un poco.

MARIO: (*Triunfante.*) ¡Listo! Ahora sí. ¡Mesero!

MARCELA: Pues gracias por molestarse de nuevo. ¡Ay! ¡Pero qué mal educada! No sé cómo se llama usted.

MARIO: De veras. ¡Qué tontos! Me llamo Mario Méndez.

MARCELA: Yo Marcela Quijano de Sánchez.

Se dan la mano.

MARCELA: *(Algo incómoda por no saber qué hacer.)* Bueno...

MARIO: *(Igual que ella.)* Bueno... Qué tal si brindamos.

MARCELA: ¿Brindar? ¿Por qué?

MARIO: ¡Por qué será! Por fin de año.

MARCELA: Bueno, todavía le faltan 15 días. Además yo no tomo. Me hace mal.

Me pongo mal, y luego ya no sé ni lo que digo. Mi marido me da permiso, pero yo creo que esas libertades están mal porque...

MARIO: Eso me gusta. Bueno, pero de todas maneras ahorita es algo especial.

Es más, vamos a brindar con cerveza para que no se le suba.

MARCELA: *(Indecisa.)* Pero es que...

MARIO: Una vez, no pasa nada. Además ya se va a acabar la década. Es algo especial.

MARCELA: Bueno sí, eso sí. *(Asiente.)*

MARIO: ¡Eso es! Así me gusta. ¡Mesero! Tráeme una cubeta. *(Apaga su cigarro en el cenicero.)*

MESERO: *(Fuera del escenario.)* Una cubeta para la dama y el caballero.

MARCELA: ¿No me emborracharé, oiga?

MARIO: No. Usted hágame caso. La va a pasar bien.

Entra al escenario un mesero llevando una cubeta con cervezas que deja en la mesa.

MARIO: Gracias. Ándele. Tome la suya y vamos a brindar.

Los dos toman su botella y las chocan.

MARIO: ¡Salucita! Por los noventa.

MARCELA: Por los noventa.

MARIO: Porque todo salga bien.

MARCELA: Y no falte nada en la casa.

MARIO: Sobre todo eso.

Beben. Marcela ve su reloj.

MARCELA: ¡Dios santo! Ya son las cuatro. Ya no me va a alcanzar el tiempo para lo que tengo que comprar.

MARIO: Yo igual. ¡Mesero la cuenta ahora sí!

MARCELA: ¿Cómo le hago para ir al norte? A las torres.

MARIO: ¿Qué va a comprar?

MARCELA: Una pista de carreras, para mi hijo.

MARIO: ¿Pero para qué va hasta allá? Es muy lejos. Yo conozco un lugar más cerca. Me queda de paso. Así aprovecho para comprarle a mi niña.

MARCELA: *(Sorprendida.)* ¿Tiene usted una niña?

MARIO: *(Duda pero luego saca una foto de su cartera.)* Sí, es ésta. ¿Qué le parece?

Los dos se levantan y caminan por el escenario al tiempo que sale la mesa del restaurante.

MARCELA: ¡Ay! Está divina. ¿Cómo se llama?

MARIO: Alicia.

MARCELA: Como un cuento, ¿verdad?

MARIO: Pues dicen. ¡Ah sí! La de Walt Disney.

MARCELA: Pues ahora yo le quiero presumir.

Marcela saca de su bolso la foto de su hijo.

MARCELA: Éste es mi Rubén. Así se llama. Tiene 7 años y es un diablillo.

MARIO: Se parece a usted.

Pausa donde los dos no entienden lo que dicen ni lo que escuchan.

MARIO: Digo. Me refiero físicamente.

MARCELA: ¡Ay, claro que sí! Cómo cree que voy a pensar en...

Un cochecito electrónico (en forma de taxi) entra al escenario. Mario lo sigue aplaudiendo y chiflando para que el cochecito cambie de dirección. Marcela se divierte viéndolo. Una voz de locutora anuncia precios de juguetes durante el transcurso de la escena en la juguetería.

MARCELA: Ahora yo quiero.

MARIO: No es para adultos.

MARCELA: *(Divertida.)* Parece niño.

MARIO: Soy niño.

El coche se detiene solo. Mario hace aspavientos y toda clase de ruidos para que el coche camine. Entra a escena el Vendedor 1 y ve el ridículo que hace Mario. Marcela ríe. Mario se da cuenta y retoma la compostura.

VENDEDOR: Se maneja con esto. *(De sus ropas saca un control remoto.)*

MARIO: ¡Ah... yo pensé que era! *(Reprime un aplauso.)*

VENDEDOR 1: *(Seco.)* Es el único que nos queda. ¿Se lo llevan?

MARIO Y MARCELA: *(Al mismo tiempo.)* ¡Yo me lo llevo!

MARCELA: Yo tengo niño.

MARIO: Pero es para mí.

VENDEDOR 1: ¡Entonces!

MARIO: Sí.

VENDEDOR 1: Voy por la nota.

El vendedor sale llevándose el control, el coche sigue en escena. También le hace entrega de un pequeño paquete. (Supuestamente adentro está el juguete.)

MARIO: *(Entregándole el paquete.)* Tómelo, se lo regalo a su hijo. Que sea mi regalo de Navidad.

MARCELA: ¡No! Yo lo compro, no faltaba más.

Marcela busca dinero en su monedero.

MARCELA: Si a eso vine.

MARIO: De veras. Acéptelo.

MARCELA: (*Sin pensar.*) ¡Cómo voy a recibir regalos de un...!

Pausa embarazosa.

MARIO: ¿Extraño?

MARCELA: (*Apenada.*) No iba a decir eso. ¡Cómo cree! Simplemente es que...

Bueno. Yo. Está bien. Lo acepto. Pero con una condición.

MARIO: ¿Cuál?

MARCELA: Que ahora yo le regale algo a su hija. ¡Ay está tan linda!

Mario intenta decir algo pero ella se le adelanta.

MARCELA: (*Suplicante.*) ¡Por favor!

Mario lo piensa y luego decide.

MARIO: Está bien.

MARCELA: Gracias. ¿Qué le gusta?

MARIO: Las Barbis.

MARCELA: ¡Como a mí! Bueno, cuando era niña.

MARIO: (*Sin pensarlo dice sorprendido.*) ¡Desde entonces...!

Recapacita que acaba de ser descortés.

MARCELA: Ya sé lo que iba a decir.

MARIO: (*Apenado.*) No se crea.

MARCELA: Ya estamos a mano.

MARIO: (*Cínico.*) Ya estamos.

MARCELA: (*Al Vendedor I fuera del escenario.*) ¡Joven! Póngame a mí, en otra nota, una Barbi, por favor.

VOZ DEL VENDEDOR 1: Como guste.

MARCELA: ¡Ay tantas cosas que faltan por comprar!

MARIO: Y me aburre.

MARCELA: ¿Le aburre comprar? A mí no. Me gusta ir de compras.

MARIO: No, si yo no lo digo por eso. Lo que pasa es que me aburre que siempre sea lo mismo.

MARCELA: Bueno, sí. Eso sí. Son las mismas cosas de siempre, ¿verdad? Bueno. Ahora sí ya me voy a mi casa.

MARIO: ¿No iba a comprar?

MARCELA: Sí, pero cargo lo del préstamo y el aguinaldo y todo eso. Es mucho dinero para un día. Mejor dejo algo en casa, ¿no le parece?

MARIO: Claro. Es peligroso. Yo la acompaño a su casa.

MARCELA: No se preocupe. Agarro un taxi saliendo.

MARIO: Pues que sea el mismo. Yo también lo necesito para ir a mi casa.

MARCELA: Bueno.

Abruptamente sale una voz de locutora anunciando precios de juguetes y se escucha el sonido ambiental de calle muy transitada. Al mismo tiempo, el cochecito empieza a circular por todo el escenario. Otro bulto (muñeca barbi) arrojan al escenario y Mario lo captura en el aire. De inmediato los dos persiguen al cochecito (taxi) como si se tratara de uno de a de veras.

MARIO: (*Ad libitum.*) ¡Taxi, taxi!

MARCELA: (*Igual.*) ¡Taxi, taxi!

El cochecito no se para. Ellos siguen en su intento por conseguir uno.

MARIO: ¡Hay tantos en la ciudad y no se consigue ni uno!

MARCELA: ¡Es una lata, de veras!

MARIO: Se sienten la última cahuama del estadio.

MARCELA: El último hombre sobre la tierra.

El cochecito se detiene a distancia de ellos.

MARIO: ¡Ya se paró uno!

MARCELA: ¿Dónde?

MARIO: ¡Ahí!

Corren hacia él. Fuera del escenario se escucha una voz.

VOZ DE HOMBRE: ¡Taxi, taxi!

El taxi sale del escenario.

MARIO: ¡Putá madre!

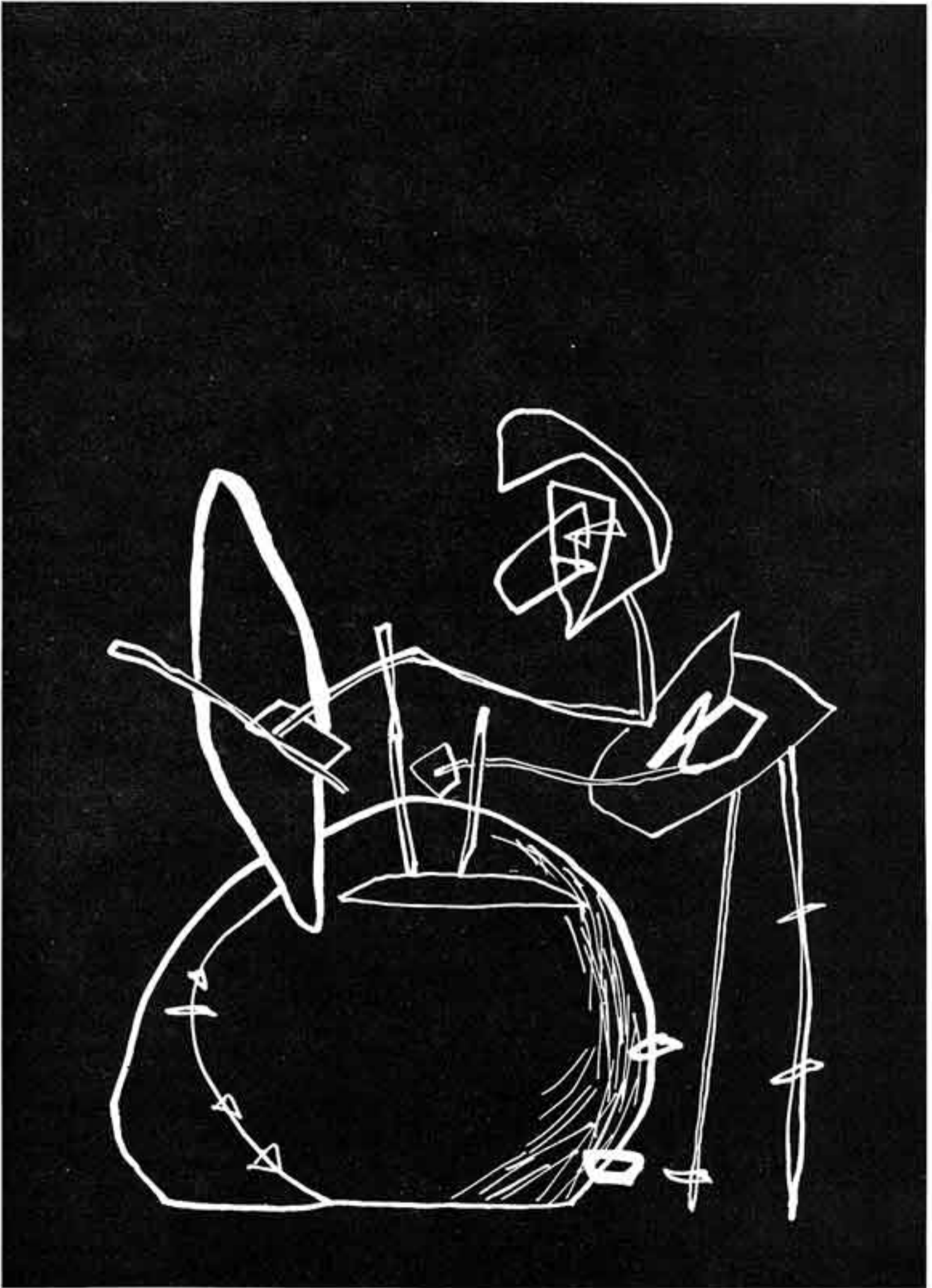
Los dos se paran en dirección a donde salió el taxi.

MARIO: Perdón.

Otro cochecito en forma de taxi se para detrás de ellos. No se dan cuenta. Suena el claxon y los sorprende.

MARIO: No lo creo. No lo puedo creer.

Sale el cochecito por la extrema izquierda del escenario y por ese mismo lado, entran los asientos traseros de un taxi (VW). Mario y Marcela se sientan y simulan viajar en él. No hablan. Se escucha el final de una cumbia. El sonido provie-



ne del radio del auto. Entran comerciales de todo tipo que permanecerán toda la escena. Mario enciende otro cigarro.

MARIO: ¿Le molesta si fumo uno?

MARCELA: *(Tratando de ser amable.)* No, claro que no.

MARIO: Usted no fuma, ¿verdad?

MARCELA: No, nunca me ha gustado. Bueno, ni sé. *(Pausa. Sin saber de qué hablar.)* ¿Y es fácil pedir un préstamo?

MARIO: Sí. No es la primera vez que lo hago. Lo que pasa es que a veces me paso en el presupuesto. Usted sabe. Los gastos comunes. Y más que se acerca el fin de año y todas esas cosas.

MARCELA: Siempre he tenido ganas de eso. Bueno. No sé.

MARIO: ¿Qué?

MARCELA: No. Es una locura.

MARIO: ¡Qué!

MARCELA: De veras es una babosada. *(Pausa.)* Bueno, es comprar y comprar cosas, y más cosas.

MARIO: ¿Así nomás porque sí?

MARCELA: Sí.

MARIO: *(Concluyendo.)* Por el puro gusto.

MARCELA: ¡Ajá!

MARIO: ¿Y por qué no lo hacemos? Digo, no nos va a costar mucho trabajo, ¿no?

MARCELA: ¡Ay, no! ¿Qué le pasa? Mi marido me mataría.

MARIO: Mi mujer también. Pero el gusto no nos lo quita nadie.

MARCELA: Si, ¿verdad? Pero gastarse el dinero en otra cosa, que no sea la casa, es imposible.

MARIO: Más bien no se me ocurre en qué. Como siempre compro lo mismo...

MARCELA: Bueno, podemos decir que nos asaltaron.

MARIO: Estoy pensando en voz alta, ¿eh?

MARCELA: Sí.

MARIO: En un viaje es imposible, porque tendría que faltar a la casa y ella se daría cuenta, y entonces sí que la cosa se pone fea, más de lo que está.

MARCELA: Yo sí podría. Me tiene tanta confianza... ¡Ay, no sé! Bueno, si me da permiso. Yo creo que me da demasiados permisos. Eso lo veo mal. Luego así terminan los matrimonios. Eso es lo que yo digo.

Larga pausa donde los dos ven por los cristales. Se ven al mismo tiempo para hablar y se callan.

MARIO: ¿Qué iba a decir?

MARCELA: No usted.

MARIO: No diga.

MARCELA: Nada.

MARIO: Yo tampoco. *(Sigue fumando.)*

Voltean a sus respectivas ventanillas. Otra pausa. Él la mira y voltea a tiempo cuando ella lo hace, luego regresa la mirada a la ventana.

MARCELA: Ya me está gustando la idea.

MARIO: (*Sin dejar de ver por la ventana.*) ¿Cómo dijo?

Marcela niega con la cabeza, pero él no la ve

MARIO: Estaría bien gastarse todo.

MARCELA: Sí.

Los dos voltean lentamente e intercambian miradas sospechosas.

MARCELA: Estoy pensando en voz alta.

MARIO: Sí. Claro.

MARCELA: Mejor todavía.

MARIO: ¿Qué?

Los dos empiezan a entusiasmarse.

MARCELA: ¿Por qué no compramos cosas y retacamos el taxi?

MARIO: Pero de veras que quede retacado.

MARCELA: Sí. De eso se trata.

MARIO: O ya sé. Las metemos en otra parte. En el taxi no nos va a caber.

MARCELA: ¿Pues cuánto compraríamos?

MARIO: Mucho, mucho. No sé, mucho. Bueno, al menos nos vamos a divertir un rato.

MARCELA: Lo bonito sería amueblar todo un cuarto.

MARIO: (*Surgiendo como idea.*) ¡Con un amigo!

MARCELA: Pues si ya andamos con esas, que tal rentar un departamento. ¡Ay, no, las cosas que estamos diciendo!

MARIO: No es mala la idea.

MARCELA: ¡Ay, no!

MARIO: ¿Entonces qué? ¿Lo hacemos?

Larga pausa.

MARCELA: No, cómo cree. Nomás estábamos imaginando. Es hablar por hablar, nomás. Ya se me subió la cerveza.

MARIO: Pero... Bueno. Sí, ¿verdad?

MARCELA: (*Maliciosa.*) Aunque...

Intercambian nuevamente miradas sospechosas.

MARIO: (*Al taxista imaginario.*) Pare aquí, por favor. (*Tira el cigarro por la ventana.*)

Suben a primer plano los comerciales. Salen los asientos. Caminan por el escenario como si lo hicieran por una calle. Mario hojea un periódico y se detienen a cada rato para leerlo bien. Parece que los dos se ponen de acuerdo. Salen de escena. Salen los comerciales y la iluminación cambia para dar ambiente de departamento. Entran a escena la casera seguida por Mario y Marcela que revisan el lugar.

CASERA: Pues aquí lo tienen. Es bastante amplio, como pueden ver. No está muy maltratado. Los antiguos inquilinos lo supieron cuidar más o menos. Lo usaban como una especie de bodega. Pero es que hacían mucho ruido y se les acabó el contrato. Mucho ruido no. Eso sí que no.

MARIO: No hay problema por eso.

CASERA: Está un poco frío porque el departamento está como abajito del loby, pero no tendrán problema de humedad, yo se los garantizo. Además la renta es más baja, precisamente porque está hasta abajo.

MARIO: Una pregunta.

CASERA: Las que quiera.

MARIO: ¿Lo podemos ocupar inmediatamente?

CASERA: Qué significa "inmediatamente".

MARCELA: Hoy mismo.

CASERA: (*Pensativa.*) ¡Caray! ¿Tanto les urge?

A Marcela le da pena y se le nota. Parecen recién casados.

MARIO: ¿Qué me dice?

CASERA: ¿Y traerían todas sus cosas de una vez?

MARIO: Tiene que ser hoy. Sólo hoy.

CASERA: Bueno, pues creo que sí. No le veo problema.

MARIO: Eso me gusta.

CASERA: Pero me tiene que dar un adelanto de una mensualidad.

MARIO: No hay problema. Qué le parece si hoy le damos la mitad, y mañana le completamos.

CASERA: Ándele pues. (*Va hacia la puerta.*) Hoy firme el contrato y mañana págume todo. Nomás porque andan muy...

MARIO: (*Cínico.*) Gracias de nuevo.

CASERA: Voy por los papeles para que me los firmen.

MARIO: Con todo gusto.

Mutis de la Casera. Mario y Marcela se quedan solos en el departamento. No saben cómo comportarse. Ella está muy nerviosa, como si fuera su primera cita de amor en un hotel. Impulsivamente se dirige a la puerta. Mario se interpone.

MARIO: Ya estamos aquí. Ya ni modo.

MARCELA: ¡Dios mío! ¡En qué locura nos hemos metido! ¿Y ahora qué?

MARIO: Lo primero. Una televisión.

MARCELA: No hablaba de eso. Es que no es posible lo que estamos haciendo.

MARIO: Mira. Hay que hacer una cosa. Vamos a divertirnos comprando lo que se nos pegue la gana hasta gastarnos todo el dinero. Amueblamos este departamento de pies a cabeza, bueno, lo que nos alcance. La cosa es hacerlo hoy. Nos da algo de tiempo. Es quincena y las tiendas abren muy tarde, por lo de Navidad. Ya luego, mañana, ya es otro día, entonces ya vendremos cada quien por sus cosas y no pasó nada. Le decimos a la señora que siempre no y cada quien se lleva lo suyo y listo. ¿Qué dices? Es nomás un gusto.

Marcela está indecisa.

MARCELA: ¿Pero qué le digo a mi marido?

MARIO: Decimos que compramos cosas, bien compradas, con nota y todo, pero que las tenían en una especie de bodega. Ya oíste a la señora. Parece bodega. Ahí está.

MARCELA: ¡Ay, no! Esto no parece bodega, es un departamento.

MARIO: Bueno, mandamos por las cosas. Yo me encargo de que las recibas. ¿Qué dices? No estamos haciendo nada fuera de lo común.

Marcela sigue indecisa.

MARIO: Digo, para salir un poco de lo que hacemos.

MARCELA: Pues sí, ¿verdad? Además estamos haciendo lo mismo que hacemos todos los años.

MARIO: Claro.

MARCELA: Todo eso está muy bien, pero de todas maneras, yo sigo creyendo que es algo así como muy extraño. Apenas te acabo de conocer. No sé. Mira todo esto ha sido muy bonito, pero creo que debemos de parar antes de que sea tarde, ¿no? Nomás fijate... Tu mujer. ¿Qué va a decir, por qué no llegaste a la casa? Y todo eso. No sé si me explico. ¿Me entiendes?

MARIO: Perfectamente.

MARCELA: De veras. Has de cuenta que fue un juego raro, te digo, pero muy, no sé, padre. Me gustó. Pero ya. No hay que seguirle.

MARIO: Sí, creo que sí. No sé qué fue lo que me pasó. (*Ríe nervioso.*) Me alqué. ¿O no? Tienes razón.

MARCELA: (*Dando el subtexto de que ya es hora de irse.*) ¡Bueno...!

MARIO: (*Igual.*) ¡Bueno!

Los dos ven nerviosamente el departamento y evitan verse uno al otro. De alguna manera están apenados por sus pensamientos.

MARCELA: Yo creo que mejor...

MARIO: (*Entendiendo.*) Sí, claro.

Mario hace un ademán indicando que salgan. Los dos se dirigen a la puerta cuando en ese momento entra la casera con papeles para ser firmados.

CASERA: Bueno, ya está todo listo. ¿Quién firma? Me imagino que el jefe de la familia.

Marcela y Mario han quedado petrificados, sin saber qué hacer. La casera le da la pluma y le ofrece un folder para que se apoye. Mario no está seguro pero toma la pluma.

CASERA: En la línea punteada, por favor.

Mario firma sin saber lo que hace. Marcela es incapaz de impedirlo. De alguna manera demuestran su terrible debilidad ante las cosas.

CASERA: Mi marido me pidió que les dijera, que si es posible adelantaran algo. Lo que sea. Ya luego mañana, como quedamos.

Mario y Marcela intercambian miradas. Mario saca de su cartera unos cuantos billetes.

CASERA: Así está bien, gracias. *(Dándole las llaves.)* Bueno. Cuando quieran pueden traer sus muebles, ¿eh? Con permiso.

Sale la casera dejándolos a los dos solos con un par de llaves. Otra vez el destino lo enredó todo.

MARCELA: *(Nerviosa.)* Voy al baño.

Marcela sale del escenario. Mario se queda solo viendo las llaves. Bien a bien no sabe lo que ha pasado. Luego ríe en voz muy baja. No lo puede creer. Encuentra el teléfono en el piso. Lo descuelga y oye para volver a colgarlo. Marcela entra a escena. Se queda parada atrás de él.

MARCELA: Que Dios nos agarre contesados.

Mario enciende un cigarro al tiempo que se escucha un acorde musical que ayuda a la tensión del momento. En disolvencia salen luz y sonido. Al iluminarse nuevamente el escenario, se escucha el sonido ambiental de calle transitada que luego pasa a segundo plano. El cochecito (taxi) cruza de izquierda a derecha del escenario. Entran Mario y Marcela. (Él ya no fuma.)

MARIO: *(Agradece hacia afuera del escenario.)* Gracias.

Mientras que Mario guarda su cambio, del otro lado del escenario entra el Vendedor 2 de muebles.

VENDEDOR 2: ¡Pásele, pásele a ver nuestros modelos! Baratos y entrega inmediata. Pásele, pásele. No se reprima. Aquí están los mejores precios de la Lagunilla. Yo sé lo que le digo.



MARCELA: (A Mario.) ¿Aquí es?

MARIO: Sí. Los entregan luego luego.

Los tres salen del escenario. Sólo escuchamos sus voces y algunos ruidos de movimientos de muebles.

VENDEDOR 2: ¿Como qué andan buscando?

MARIO: (Primero seguro, luego ya no.) Como... ¿Como qué?

MARCELA: No sé. Algo bonito. Yo siempre he tenido ganas de algo muy clásico.

VENDEDOR 2: ¡Juan! Despéjame el Luis XV porfa.

MARIO: (A Marcela.) Oye, luego quiero ir a la Lagunilla a ver las chácharas.

MARCELA: Yo no voy a malgastar mi dinero en cosas usadas.

MARIO: Ando buscando unas lámparas que me dijeron que hay.

MARCELA: Está bien.

VENDEDOR 2: ¡Miren nomás qué mueble! Clásico por donde se le vea. ¿No quieren un colchoncito. También es de corte clásico y de primera mano, eso sí se los juro. De primera

Salen luces. Salen sonidos ambientales. Entran luces de departamento. Aparecen en escena Mario y Marcela cargando algunas cajas de grandes dimensiones. Los dos denotan cansancio. Mario se deja caer en el piso.

MARIO: ¡Qué relajo! ¡Un descansito! ¡Lo pido a gritos!

MARCELA: Es el cigarro. Fumas mucho.

MARIO: No. Lo que pasa es que...

Marcela ve su reloj.

MARCELA: (Alarmada.) ¡No hay tiempo!

MARIO: Pero es que...

MARCELA: Nada. Vámonos. Se nos va el día y yo tengo que regresar a mi casa. Bueno, pero ¿ahora a dónde?

MARIO: (Refiriéndose al departamento.) Pues nomás ve. Todo está pelón. Le falta vida. ¡Mira nomás!

Marcela se da ánimos ella sola y se levanta con rapidez.

MARCELA: ¡Vámos, pues! Oye, pero ¿y esto? (Las cajas.)

MARIO: Después, después, primero hay que comprar.

MARCELA: No nos va a alcanzar.

MARIO: Pues lo que alcance.

Dos vendedores entran a proscenio de un lado y del otro del escenario. Una voz de una mujer anuncia las ofertas del día. Los productos anunciados serán los mismos que distintos actores introducirán a escena en forma de cajas. Los dos

vendedores dirigirán las maniobras. (De igual manera lo harán Mario y Marcela.) Entra música (típica) de supermercado para permanecer en segundo plano.

VOZ DE MUJER: Nuestro departamento de electrónica ofrece sus precios inigualables. Videgrabadora Sony 30% de descuento. Sólo por hoy, llévase 5 cassettes de la prestigiada marca Kodak en la compra de su videgrabadora. Para la reina del hogar, consiéntala y consiéntase regalando esta Navidad una licuadora Mabe, 20% de descuento. La tenemos en un gran surtido de colores y modelos. Para que la familia esté siempre unida, nada mejor que un televisor Phillips. Distintos tamaños y distintos precios para los bolsillos de todos, 10% de descuento. Decore su hogar en nuestro departamento de adornos y regalos. Todos los productos están rebajados en un 40% de descuento. Para la Familia Mexicana: lavadoras, teléfonos inalámbricos, radios despertadores, blancos, cortinas, exprimidores. Todas nuestras líneas rebajadas en un 20%. Y no olvide para estas fiestas, lo que no debe faltar: Su Árbol de Navidad y su Nacimiento.

Sólo por hoy aproveche nuestros magníficos descuentos en niños Dios, 50% hasta agotar existencia. En cada compra de Nacimiento, le regalamos su Judas. Aproveche.

El escenario está lleno de cajas de todos los tamaños. Todos hacen mutis. Sale música. Por la puerta entran Mario y Marcela. Los siguen dos cargadores que meten un colchón matrimonial.

MARIO: Ahí déjenlo en medio.

CARGADOR 1: ¿Ahí?

MARIO: Sí. Está bien.

Los cargadores dejan el colchón en medio del escenario. Mario les da propina y ellos salen. Mario está cansado y se tira en el colchón.

MARIO: ¡Por Dios! ¡Qué cansado estoy!

Marcela hace lo mismo y se sienta al lado de él.

MARCELA: Sí, ahora sí yo también. No paramos. (*Viendo a su alrededor.*) Y todavía nos faltó mucho.

Después de una pausa, Mario hecha afuera sus bolsas, dando a entender que ya no tiene dinero. Marcela lo ve y ríen.

MARCELA: ¿Y ahora quién va a acomodar las cosas?

MARIO: ¡Ahí luego! Mañana.

MARCELA: Bueno.

Pausa donde se dan cuenta que para ellos no hay mañana. Se voltean a ver.

MARCELA: Para nosotros no hay mañana.

MARIO: (*Serio.*) Mejor de una vez.

MARCELA: Es lo que yo digo.

Los dos se incorporan.

MARIO: ¿Dónde está el radiodespertador? Digo, aunque sea un poco de música. ¿No?

MARCELA: Creo que está en esa caja.

MARIO: ¿A ver?

Mario encuentra el radio y lo conecta. Se escuchan comerciales.

MARIO: Bueno, ahora sí a darle.

Todos los productos que los personajes sacarán de las cajas son de cartón y están doblados en forma de acordeón, con excepción de algunos adornos, que sí son verdaderos. Mario desdobla los muebles de la sala y los coloca en su lugar. Marcela, por su parte, saca de una de las cajas un juego de vajilla. Enmudece al verla. Mario lo nota.

MARIO: ¿Y ahora qué te pasa?

MARCELA: (*Nostálgica.*) Nada. Olvídalo. Lo que pasa es que así era la vajilla con la que me casé.

MARIO: (*Trabajando con los muebles.*) ¿Entonces para qué la compraste si ya la tienes?

MARCELA: No lo sé. La verdad no lo sé. Ahora que fuimos a las chácharas la vi y me recordó cosas. Cosas bonitas, que hace mucho no sentía.

MARIO: Puede ser.

MARCELA: Es que me gustó. Me gustó verla otra vez, y me dieron ganas de comprarla. ¿Pero ahora qué hago con ella?

MARIO: Bueno, si quieres te la cambio por algo que te guste. Estoy hablando de lo mío, vaya.

MARCELA: No, de veras. Gracias de todos modos.

En ese momento, Mario saca de la caja una lámpara.

MARCELA: Esa lámpara está muy bonita.

MARIO: ¿Cuál? ¡Ésta!

MARCELA: Sí, está divina.

MARIO: (*Apenado.*) Ora sí te la debo. Lo que pasa es que no creo que se pueda. Es decir, escoge otra cosa.

MARCELA: Tú me dijiste...

MARIO: Sí, pero es que... Mejor escoge otra cosa.

MARCELA: Me gusta la lámpara.

MARIO: Es que yo tenía una igual.

MARCELA: (*Entendiendo.*) ¡Ah! La nostalgia está canija.

Sigue sacando todo tipo de productos para la casa. Mario suspende y habla nostálgico.

MARIO: Lo que pasa es que cuando yo era niño.

Marcela se ríe comportándose grosera con él.

MARIO: ¿De qué es la risa?

MARCELA: Nada, olvídalo. Sólo que se me hace un poco ridículo.

MARIO: ¿Qué?

MARCELA: Pues eso.

MARIO: Una igual estaba en el buró de mi papa cuando murió.

Marcela deja de reír. La situación se vuelve tensa.

MARCELA: No, ¿sabes qué? Perdóname, por favor. Yo no quise ofenderte.

Mario la coloca a un lado del colchón y se recuesta.

MARCELA: No hagas eso.

Mario cierra los ojos como si fuera un cadáver al que están velando.

MARCELA: Deveras. No hagas eso. No me gusta.

Mario no contesta.

MARCELA: Hablo en serio. No me gusta que jueguen de esa manera. ¡Te estoy hablando! No te hagas el chistoso.

Tocan a la puerta. Marcela se asusta y grita. Mario sigue igual. Marcela se incorpora y va a abrir. Entra el padre de Mario. Salen los comerciales que se han estado escuchando en el radio despertador.

PADRE DE MARIO: Vengo por mi lámpara.

Mario se incorpora. Su padre avanza hacia él.

PADRE DE MARIO: Eso es lo máspreciado que tuve. No quiero que tu memoria la ensucie. Dámelo.

Entra la madre de Marcela.

MADRE DE MARCELA: Por lo que a mí toca, te suplicaría mucho, hija, que

vuelvas a meter mi vajilla en la caja. Ya las cosas no significan nada para ti.

PADRE DE MARIO: Buenas noches, señora.

MADRE DE MARCELA: Buenas noches, señor. No tengo el gusto.

PADRE DE MARIO: Soy el padre de éste... señora...

MADRE DE MARCELA: Y yo la madre de... ésta.

PADRE DE MARIO: Como ves, no me interesan tus recuerdos, hijo. Simplemente no deseo que te entrometas en mis asuntos. Es decir: déjame descansar igual.

MADRE DE MARCELA: Lo mismo digo yo.

PADRE DE MARIO: Me alegra que esté de acuerdo, señora.

El Padre de Mario toma su lámpara.

PADRE DE MARIO: No te mereces la nostalgia. Y eso sí te digo, vuelves a usar lo mío y te lo quito.

MADRE DE MARCELA: Lo mismo digo yo. Pero déjelos, mejor para nosotros, que tal y hasta recuperamos muchas cosas de esas que son entrañables.

PADRE DE MARIO: Podríamos hasta amueblar toda una residencia. ¡Imagínese usted, todas las cosas que tuvieron algo que ver con nosotros en toda nuestra vida!

MADRE DE MARCELA: Jamás acabaríamos.

Los dos se dirigen a la puerta.

PADRE DE MARIO: No se crea. La nostalgia hace milagros, aunque es el único contacto con los muertos.

Cierran la puerta. Entran los comerciales nuevamente. Mario y Marcela se ven. Mario saca de la misma caja otra lámpara igual. Marcela vuelve a meter su loza. Mario ve con nostalgia la lámpara, luego apaga la radio, y enciende un cigarro.

MARIO: Era como ésta, pero no es ésta.

MARCELA: *(Terminando de meter la vajilla a la caja.)* No sé por qué me dio por recordar. Ya no puedo.

MARIO: Como que se resisten las cosas, ¿no?

Tocan a la puerta. De inmediato Mario guarda la lámpara en la caja. Marcela se apresura a abrir. Es la casera.

CASERA: Perdonen por molestarlos tan tarde. Sólo quería saber si ya estaban instalados.

MARCELA: Ya, muchas gracias.

CASERA: Bueno, si algo se les ofrece, ya saben ¿eh?

MARCELA: Buenas noches.

Marcela cierra la puerta y termina de guardar la loza.



MARIO: ¿Por qué la guardas?

MARCELA: (*Confundida.*) No lo sé.

MARIO: Compramos cosas que nos hacen, no sé... como recordar. Pero también me pasa igual. Ya no puedo.

MARCELA: Es que siempre compramos lo mismo. Es natural.

MARIO: ¿Y si hacemos como que en las cajas hay otras cosas?

MARCELA: No me dan muchas ganas de jugar ahorita. ¿O qué es lo que dices?

MARIO: Hacer creer que hay como deseos ahí dentro.

MARCELA: ¡A ver! Empiézale. Ahí tienes las cajas.

MARIO: (*Tratando de imaginar.*) Deseo... deseo... (*Duda.*) Viajar. Conocer muchas cosas. Lugares lejanos.

MARCELA: (*Tonta.*) ¿Y cómo sacas eso de las cajas?

MARIO: Pues así. Sólo lo deseas y ya. Es un paquete de viaje redondo.

Abre una de las cajas y saca una televisión. Sin molestarse siquiera por haber sacado una televisión (y echar por tierra sus deseos), dice fríamente.

MARIO: ¿Dónde habrá un enchufe?

MARCELA: Ahí hay uno. (*Lo señala.*)

Mario la conecta y la coloca dando el reverso al público.

MARCELA: (*Cotidiana.*) ¿Qué otra cosa quieres sacar de las cajas?

MARIO: Te toca.

MARCELA: ¿Me toca?

Mario asiente, algo descepcionado. Marcela se aproxima a una de las cajas.

MARCELA: No sé qué pedir. A ver qué hay.

De la caja saca una licuadora.

MARCELA: ¡Andale! Esto era lo que quería. Te va.

MARIO: Prefiero ya no abrir más cajas. Me da flojera imaginar. Mejor mañana, cuando cada uno venga por sus cosas.

Mario se sienta desilusionado en el colchón.

MARCELA: ¡Se acabó el juego!

MARIO: Yo creo que sí. (*Apaga el cigarro en el piso. Marcela lo ve y le da asco.*)

MARCELA: (*Falsa.*) Bueno, al menos nos divertimos un poco.

Marcela se sienta a su lado.

MARIO: (*Desilusionado.*) Eso sí.

MARCELA: ¿O no?

MARIO: Sí.

MARCELA: ¿Qué te pasa?

MARIO: Es que... Digo, si me gustó, para qué te dijo que no. Pero es que para mí fue una sorpresa.

MARCELA: ¿Qué?

MARIO: Yo quería comprar otras cosas, ¿sabes? Yo siempre tuve que comprar lo que tenía que comprar y ahora que tuve libertad para comprarme lo que yo quería, resulta que no. Me siento que no hice nada en todo este tiempo. ¡Yo quisiera hacer más! (*Baja de volumen y de tono.*) Bueno, yo quisiera "ser" más.

MARCELA: Te complicas mucho la vida. A mí sí me gustó. Lo que pasa es que luego a una le da pena comprar ciertas cosas, no sé.

MARIO: (*Sin hacer mucho caso.*) ¿Qué?

MARCELA: Me choca que cuando estás formada en la fila del super, una vieja metiche se te quede viendo. Me siento desnuda. Deberían de hacer los carritos tapados. De repente a una se le ocurre comprar cosas que son muy personales. Viejas metiches. (*Imitando voces.*) "Ya viste, compra de marca libre". "Qué feos zapatos". "Cuánto papel del baño, cuánto cagarán". ¡Ay, perdón! (*Se cubre la boca con las manos muy apenada.*)

MARIO: (*Ríe.*) No me había fijado.

MARCELA: ¿No vas al supermercado?

MARIO: Pues no. Eso es cosa de viejas. (*Pausa.*) Aunque tengo que ir porque la mía anda liberada. En fin, podíamos haber hecho algo distinto, pero nada.

MARCELA: Prefiero comprar lo de siempre, así mañana no tendré problemas con mi marido. ¡Si de por sí...!

MARIO: Sí. En eso sí tienes razón. Pero es que... ¿Tú sabes por qué pedí el préstamo?

MARCELA: (*Obvia.*) Sí.

MARIO: Aunque ya me empieza a gustar... eso de pedir préstamos. No es el primero que me dan. ¿Pero sabes qué? Por eso me enoja que no haya tenido la imaginación de comprar otras cosas, distintas, diferentes, nuevas. Estoy como... "condicionado". Esa es la palabra.

MARCELA: ¿Condicionado?

MARIO: Sí. La otra vez estaba editando un documental sobre eso, pero no lo terminé de ver porque lo acabó de editar mi segundo turno.

MARCELA: (*Inocente.*) ¿Cómo que te hubiera...?

MARIO: (*Primero seguro y luego confuso.*) Bueno, como... Este... sí. Bueno. Algo distinto, ¡qué voy a saber yo! Para eso es lo nuevo, es algo que no se conoce. ¿O no?

MARCELA: (*Dándole por su lado.*) Sí, creo que sí.

MARIO ¡Ahí está!

Se hace una pausa, Mario se levanta y saca de una de las cajas un manual.

MARIO: ¿Sabes leer coreano?

Marcela niega con la cabeza.

MARIO: Ayúdame a sacar aunque sea la video.

Entre los dos sacan la videocassettera y la conectan. Textos ad libitum. Mario le da el aparato de control remoto.

MARCELA: Ésta es la primera tele que tengo con control remoto.

Mario trata de conectar la video con la televisión.

MARIO: La voy a prender.

MARCELA: No. Yo lo hago con el control.

Marcela apunta y aprieta el botón de encendido pero no pasa nada.

MARCELA: ¿Y ahora?

MARIO: No sé.

Los dos revisan el televisor como el monitor sin encontrar explicación alguna. (Textos ad libitum.) Marcela descubre que el control remoto no tiene pilas.

MARCELA: Mira, no tiene pilas. (Ríe.)

MARIO: Bueno, de todas maneras has como que lo prendes y yo le cambio.

MARCELA: Ay, no. Se me hace muy tonto.

MARIO: ¡Ándale! Órale.

MARCELA: Bueno.

Marcela aprieta un botón y Mario enciende la televisión. Marcela aprieta otro botón y Mario cambia de canal.

MARCELA: Ese canal no fue el que apreté.

MARIO: ¿Entonces cuál?

MARCELA: El dos.

MARIO: ¿Ves telenovelas?

MARCELA: Muy poco. No me gustan mucho. Son muy... ¿Cómo dijo mi madre? Muy... ¡Ay, no me acuerdo!

MARIO: Bobas.

MARCELA: (Acordándose de improviso.) ¡Enajenantes!

MARIO: ¡Ah, sí!

MARCELA: La muchacha sufre mucho toda la historia, y ya luego, así muy fácil, al final ya se arregla todo muy bien. Eso no es cierto. La vida es bien dura. ¿O no? Es lo que digo. Una la va sobrellevando.

MARIO: ¿En qué canal estás?

MARCELA: 5.

Mario le cambia al canal 5. Luego lo apaga.

MARCELA: ¡No la apagues!

MARIO: Nomás la estamos probando. Hay que conectar la video bien, lo que pasa es que todavía no puedo.

MARCELA: (*Emocionada.*) En mi vida he tenido una de éstas. ¿Qué tal salen?

MARIO: (*Sacando de la caja la video.*) Muy buenas. Yo tengo una Beta, pero ahora todo viene en VHS.

MARCELA: ¿Qué son esas?

MARIO: Lo mismo pero más grandes. Son gringas.

MARCELA: (*Ayudándolo a colocarla.*) Los gringos siempre tienen todo más grande, ¿verdad?

Mario se ríe por el autoalbur que Marcela acaba de decir.

MARCELA: ¿Qué dije?

MARIO: No, nada. Sí, ellos así son. (*Pausa.*) Pero nosotros no nos quedamos atrás.

MARCELA: (*Sin entender.*) ¿Qué?

MARIO: Nada. Pásame ese cable. Creo que ya quedó.

MARCELA: ¿Compraste cassettes?

MARIO: Sí, ahora que fuimos a la Lagunilla.

MARCELA: ¿Dónde los tienes?

MARIO: En ese paquetito que está allá.

Mario se dedica a conectar los cables de la videocassettera a la televisión (el aparato de televisor no está en dirección al espectador) mientras que Marcela encuentra varios cassettes y escoge uno. Lo introduce por la rendija del aparato y espera. Mario sigue atrás de la televisión tratando de solucionar el problema de los cables.

MARIO: Pon el pley.

MARCELA: Pley. Ya. No sirve.

MARIO: ¿La prendiste?

MARCELA: ¡Ay no!... ¿Verdad? ¡Qué mensa! Ya.

MARIO: Ahora sí aprieta el pley.

MARCELA: (*Torpe.*) "Pley". Listo.

MARIO: ¿Se ve algo?

MARIO: No, todavía no.

MARIO: ¿Y ahorita?

MARCELA: Tampoco.

MARIO: ¿Estás segura?

MARCELA: ¡Claro que lo estoy!

MARIO: ¿Ya?

MARCELA: Ya se vio algo.

MARIO: Yo no alcanzo a ver. Tú me dices cuando se componga.

Teatro

MARCELA: Yo te digo.

MARIO: Ya.

Marcela ha quedado impávida de lo que ve en pantalla.

MARIO: ¿Ya?

Marcela sigue igual sin despegar la vista del televisor.

MARIO: ¡Que si ya!

Marcela sigue igual. Mario reacciona al no recibir respuesta.

MARIO: ¿Qué pasó?

La ve a Marcela como de una manera muy extraña no quita la vista del televisor. Mario hace lo mismo y se cubre el rostro de vergüenza.

MARIO: ¡Perdón!

Marcela se incorpora muy ofendida.

MARIO: *(También se levanta.)* ¡Perdón, perdón, mil veces perdón! ¡Chin! No me acordé.

Marcela no dice nada. Busca su bolsa y su suéter. Mario la toma del hombro.

MARIO: ¡Oye, no, espérate! Mira yo. Se me pasó. Es que ¿sabes qué? Me lo vendieron en la lagunilla. Yo que iba a saber. Bueno sí sabía, lo que pasa es que, bueno, yo no acostumbro a comprar pornos, lo que pasa es que pues era el momento, y pues tú sabes.

MARCELA: Mi bolsa, dónde está.

Tocan a la puerta. Los dos se quedan sin hacer un solo movimiento esperanao que se vaya el que llama. Vuelven a tocar la puerta. Los dos intercambian miradas. Esta vez es él quien abre. Aparece la casera.

CASERA: *(Falsa.)* Disculpen otra vez la molestia. Es que a mí se me van ya las cosas. Olvidé preguntarles si tienen hijos.

Pausa. No saben qué contestar.

MARCELA: Bueno, sí y no.

CASERA: ¿Qué?

MARIO: Lo que pasa es que está esperando.

CASERA: *(Tierna.)* ¡No me diga! ¡De veras! ¿Por qué no me lo dijo antes? No



debería de hacer tanta cosa. Yo sé que cambiarse es muy pesado, pero en ese estado: no se vale. Pero en fin. Menos mal que están esperando.

MARIO: (*Sospechoso.*) ¿Por qué la pregunta?

CASERA: Es que mi marido siempre me dice que debo de preguntar, lo que pasa es que no toleramos a los niños muy pequeños, usted sabe, por el escándalo.

MARIO: ¡Ah!

CASERA: Y pues sí. Hacen mucho escándalo y en este edificio pues viven muchas personas ya de edad, empezando por mi marido. No hay nietos, ni hijos. ¿Ustedes no vieron la otra vez una película de un ruso, donde se tira de la ventana?

MARIO: No.

CASERA: Muy rara la película. Era francesa, bueno. Yo creo que era una especie de ¿cómo se dice? Me dijo mi marido. Él siempre me dice cómo se llaman las cosas, porque a mí se me va todo, ¡coproducción! Una coproducción entre Francia, porque pasa en Francia, pero todos hablaban en inglés y el protagonista era ruso. ¿Qué raro? ¿No? El tipo se apellidaba Trosky o algo así. La cosa es que se tira por la ventana. Hacía mucho ruido. ¿No la vieron? La pasaron en la tele.

MARCELA: No. Yo no la vi.

CASERA: La apagué. Se tira dos veces. Está loco. Eso no puede pasar. ¡Ah y era maricón, porque se vestía de mujer! Esas películas sólo las hacen gentes enfermas de la mente. Bueno, disculpen otra vez la molestia. (*Le toca el vientre a Marcela.*) Felicidades por el bebé. ¿Eh?

Antes de salir accidentalmente ve la televisión y con la pura mirada denota horror. Mario se da cuenta y se interpone, la casera hace intentos, lo más discretos posibles, para seguir viendo el monitor.

MARIO: Buenas noches.

La casera los ve con miedo pero sin moverse de su lugar. Mario tiene que conducirla hasta la salida. Cierra la puerta. Espera un momento, vuelve a abrirla y encuentra a la casera en la misma posición (con los ojos bien abiertos), luego se va. Mario cierra. Enciende otro cigarro.

MARCELA: (*Histérica.*) ¡Y ya deja de fumar!

Mario la ve desconcertado y lentamente apaga el cigarro.

MARCELA: ¡Perdón! Es que fue un día muy raro. En mi vida...

MARIO: Te ves muy mal; ¿nerviosa?

Mario va a una de las cajas y saca una cajetilla de un paquete de cigarros.

MARIO: ¿Por qué no te fumas uno?

MARCELA: (*Tratando de controlarse.*) ¡No-sé-fumar!

Mario saca una cajetilla y de ella extrae un cigarro. Se lo ofrece.

MARIO: Deberías. Al menos te calmarías un poco.

MARCELA: No quiero, gracias.

Mario la toma del brazo y la aleja de la puerta.

MARIO: Si quieres yo te enseño.

MARCELA: (*Sigue tratando de controlarse para no gritar.*) No. Gracias. No.

Mario enciende el cigarro y se lo ofrece.

MARCELA: ¡Que no!

MARIO: Dices que fue un día raro, pues... aprende a fumar.

Se lo pone en los labios.

MARIO: Aspira.

Marcela se resiste pero termina haciéndolo. Tose. Mario le da de palmaditas en la espalda.

MARIO: No, así no. Mira, veme cómo lo hago.

Mario fuma.

MARIO: Te va.

Marcela intenta y lo hace mejor, de todas maneras, tose.

MARIO: Ahí la vas llevando. Otra. Mira.

Mario fuma. Marcela lo hace mejor. (Este juego escénico se repite dos o tres veces más con textos ad libitum.)

MARCELA: (*Satisfecha.*) No soy tan torpe, ¿verdad?

MARIO: No. ¿Quién dice? (*Ve el cigarro.*) Ya nos lo acabamos entre los dos.

MARCELA: Ahora sí dame uno para mí.

MARIO: (*Frío.*) No. Las mujeres se ven muy mal fumando.

MARCELA: (*Sin entender. Después de una pausa.*) ¿Qué?

MARIO: Yo se lo prohibía a mi mujer, pero ahora ella hace lo que quiere.

Desconcertada se dirige a la puerta. Luego cambia su actitud a una extrema preocupación.

MARCELA: ¡Dios santo! Ya es de noche.

Mario apaga la video. La televisión sigue encendida pero sin transmisión de ningún canal.

MARCELA: *(Buscando su bolsa entre las cajas.)* ¡Mi bolsa!

MARIO: *(Desconcertado.)* Se nos fue todo el día en comprar, y ni nos dimos cuenta.

MARCELA: Mi marido. ¡Dios santo!

MARIO: No terminamos de acomodar.

MARCELA: No importa, mañana, otro día, cada quien viene por lo suyo y listo.

MARIO: Bueno sí, pero...

MARCELA: Ya me voy. Es tardísimo. ¡Qué barbaridad! ¿Tú no te vas?

MARIO: Pues sí, no me queda otra. Aunque a mi mujer, como trabaja hasta tarde, no le importa mucho que digamos. *(Irónico.)* Porque ella es de las que trabajan, ¿sabes? Prefiere eso a estar conmigo. Así que, como te digo, no creo que le interese mucho. ¡No sabes las broncas que me cargo con ella! Me dice: "Quiero ser alguien". Y yo le digo: "Pues eres mi mujer. ¿Qué más quieres?" Y se enoja. ¿Tú crees?

MARCELA: Yo te entiendo. Eso me lo dice mi marido a mí. Bueno, vámonos.

MARIO: ¿Sabes qué? Yo me quedo.

MARCELA: ¿Cómo que te quedas?

MARIO: Sí, me quedo.

Marcela abre la puerta y duda en salir. De un vistazo recorre todas las cosas que compraron y con desconfianza pregunta.

MARCELA: ¿Hasta qué horas... te piensas quedar?

MARIO: Yo creo que un par de horas más.

MARCELA: Es que... Bueno. Mejor ya vete, ¿no?

MARIO: ¿Para qué? Prácticamente no tengo mujer en la casa, no hay "am: de casa".

Marcela sigue indecisa en la puerta. Luego la cierra.

MARCELA: ¿Y este?... ¿Cómo le hacemos con las cosas?

MARIO: Pues como dices: mañana cada quien viene por lo suyo y se acabó.

MARCELA: Pero y quién se queda con las llaves. ¿O qué? ¿Cómo le hacemos?

MARIO: De veras. Bueno, creo que... yo diría que. Si quieres me quedo con ellas.

MARCELA: *(Desconfiada.)* ¿Tú? Mejor yo las cuido.

MARIO: Pero ya te vas, ¿y luego cómo cierro?

MARCELA: *(Agitada.)* Por eso ya vámonos.

MARIO: Mejor quédate un rato más y ya luego te vas.

MARCELA: Pero es que es bien noche.

MARIO: Dices que tu marido es liberal, ¿no?

MARCELA: Pues más o menos.

MARIO: Ahí está. Háblale y dile que tienes trabajo.

MARCELA: Se lo va a creer.

MARIO: De eso se trata.

Indecisa, Marcela se acerca al teléfono y empieza a marcar. Luego cuelga.

MARIO: ¿Y ahora?

MARCELA: Voy a hablar desde el teléfono de la esquina.

MARIO: ¿Por...? Bueno... Como quieras.

MARCELA: No te ofendas, lo que pasa es que... tengo que hablarle...

MARIO: Está bien. Es la intimidad de los matrimonios.

MARCELA: *(Nerviosa.)* Entonces vuelvo.

MARIO: Órale. Yo mientras acomodo lo demás.

Marcela toma las llaves de la puerta sin que Mario se dé cuenta y sale del departamento. En el pasillo se detiene a pensar.

MARCELA: ¿Y si se roba todo? ¡Dios mío, en dónde me vine a meter! ¿Y si lo encierro?

Trata de hacerlo sin provocar el menor ruido, en ese momento Mario escucha algo. Corre al lugar donde estaban las llaves y se da cuenta de lo que pasa. Va a la puerta y la abre rápidamente para sorprender a Marcela con la llave en la mano tratando de atinarle al picaporte.

MARIO: *(Ofendido.)* ¿Y fuiste?

MARCELA: *(Nerviosa.)* Sí.

MARIO: *(Casi ordenando.)* Pásale.

Marcela entra y Mario cierra la puerta de un golpe.

MARIO: *(Sospechoso.)* ¿Qué te dijo?

MARCELA: *(Asustada.)* Que ya me fuera para la casa. Que le urge verme.

MARIO: Entonces dame la llave y vete. Decidí quedarme a “cuidar” nuestras cosas.

Marcela le da las llaves sin decir nada.

MARCELA: *(Tímida.)* ¿Mañana entonces a qué horas?

MARIO: Mañana es sábado, ¿verdad?

MARCELA: Sí.

MARIO: Despiértame. El número está pegado en el teléfono, apúntalo.

Marcela está nerviosa. Busca en su bolsa y encuentra papel, que deja sobre una de las cajas, se le dificulta encontrar la pluma. Mario toma el papel y empieza a leerlo.

MARIO: ¿Qué es esto?

MARCELA: ¡No, dámelo!

MARIO: (*Escondiendo el papel.*) ¿Por qué eres tan desconfiada?

MARCELA: (*Tratando de rescatar su papel.*) ¿De qué?

MARIO: Llevándote las llaves y toda la cosa.

MARCELA: Fue para entrar de nuevo.

MARIO: Eso no me gustó nada. No me gustó. ¿Qué tu marido no te regaña cuando haces estas cosas?

MARCELA: (*Seria.*) Por favor, dame mi hoja. ¿Qué te pasa? Apenas nos conocemos y no me gusta que seas tan mandado.

MARIO: Ya nos hablamos de tú y toda la cosa.

MARCELA: Sí. No me di cuenta cuándo empezamos. ¡Las cosas que pasan cuando uno sale de compras!

MARIO: Ni yo me di cuenta. Está bien ¿no? De la tarde a la noche soy tu mejor amigo. Así que...

Intenta leer el papel.

MARCELA: ¡No, dámelo!

MARIO: No me gustó que desconfiaras. No me gustó. Ahora te aguantas.

MARCELA: (*Disgustada deja de tratar de recuperar lo suyo.*) ¡Oiga, qué se cree, que es! ¡Démelo! No tiene ningún derecho de leer mis cosas. ¿Me oyó?

MARIO: (*Leyendo.*) "Soledad, bella y extraña palabra. ¿Cuántas veces la hemos sentido? Soledad, palabra que me hace sentir muy mal. Soledad, pero a veces me da esperanza y luz. Soledad, hermosa palabra que muy pocas gentes comprenden."

Marcela se deja caer llorando en el colchón.

MARCELA: No es justo, no es justo. De veras que no es justo.

MARIO: ¿Y ahora?

Mario recapacita.

MARIO: Oye, perdóname. No. Es una broma. Yo no quería. ¡Cómo crees! Oye.

Mario se sienta a su lado. Ella lo evita para que no la vea llorar.

MARIO: Perdóname. No sé qué fue lo que me pasó. Te pido disculpas. Te juro que no era mi intención.

MARCELA: (*Llorando.*) Yo sé que no voy a cambiar mi manera de ser, ni la quiero cambiar. Así me gusta como soy. Así de chillona y... profunda. Me gusta. Me gusta tener sentimientos nobles. No quiero volverme mala.

MARIO: (*Conmovido.*) Yo sé, yo sé. Y ojalá que no cambies.

MARCELA: (*Llorando.*) No, no cambio.

MARIO: ¡Cómo envidio a tu marido! Ha de estar muy orgulloso de ti.



MARCELA: (*Pausa. Sigue llorando.*) ¡No, no está! No me entiende. Estoy muy sola.

MARIO: (*Abrazándola.*) Es que no es posible. Eres . . . perfecta. Mi mujer debería de aprender de ti.

MARCELA: ¡Ay, no! Lo dices para que me sienta bien.

MARIO: No.

MARCELA: ¿De veras?

Mario toma el papel y vuelve a leer el poema, pero ahora sin burlarse (sin quererlo resulta más ridículo que la lectura anterior).

MARIO: (*Leyendo.*) “Soledad, bella y extraña palabra. ¿Cuántas veces la hemos sentido? Soledad, palabra que me hace sentir muy mal. Soledad, pero a veces me da esperanza y luz. Soledad, hermosa palabra que muy pocas gentes comprenden.” (*Ridículamente sincero.*) ¡Híjole! No sé que decir, realmente. Yo no sé. ¿Qué estás haciendo trabajando en la bodega? Has de ser buena madre.

MARCELA: Trato. Una no estudia para eso. Bueno. Tampoco terminé la secundaria. Pero uno da la vida por sus hijos.

MARIO: ¡Que te oyera mi esposa! Pero no. Ella dice: “Quiero trabajar” “¿Por qué me voy a quedar en la casa?”. “Tengo derecho a ser yo misma”.

Marcela encuentra un par de pilas y las coloca en el control remoto.

MARIO: Yo no sé lo que vaya a pasar con mi matrimonio, lo único que sé es que, sin una esposa que me acompañe a comer, sin una esposa que me acompañe al cine.

Marcela hace encender la televisión. Se escucha un programa de compras de teleauditorio por teléfono (anuncian compact disc). Marcela se limpia las lágrimas, y, entre que le hace caso, también ve la televisión.

MARIO: (*Continúa.*) Sin una esposa que me acompañe a dejar el coche al servicio, cuando lo tenga; lo más seguro es que mi matrimonio fracase. Eso es lo único que sé.

Mario se da cuenta que Marcela ve la televisión. No se enoja. Sólo toma el teléfono muy calmado, mientras sigue hablando en el mismo tono de reproche como lo ha venido haciendo.

MARIO: (*Marcando un número en el teléfono.*) Pero parece que ella no se da cuenta. Mi madre me decía un pensamiento que es muy profundo y que pocos conocen: “Uno no sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido”. (*En el mismo tono habla por teléfono.*) Señorita. Quiero el artículo con clave 45. Sí por favor. (*Pausa.*) Sí, ya sé que es noche. Muy noche. Bueno. Está bien. Mañana, pero temprano, por favor. Está bien. Calle Manjares 24, departamento 1. Gracias. No en tarjeta. Gracias.

Mario cuelga el teléfono. Marcela sigue viendo los anuncios de la televisión.

MARIO: Mi madre también me decía... Era muy sabia ella. Me decía. "En la casa del jabonero, el que no cae resbala." Yo de estos consejos me guío para sobrellevarla. Que se cuide mi mujer. *(Después de una larga pausa dice muy amable.)* ¿Ya la puedo apagar? *(Refiriéndose al televisor.)*

Marcela asiente.

MARIO: *(Como si la vida dependiera de ello.)* ¿De veras?

Marcela vuelve a decir que sí.

MARIO: ¿No te interesa algo de lo que dicen?

MARCELA: No ahorita no, gracias.

MARIO: *(Igual.)* Segura.

MARCELA: Completamente.

Mario duda en apagarla, pero lo hace. Se acerca más a ella.

MARCELA: *(Más calmada.)* Mañana me tengo que levantar temprano. Entro a las ocho.

MARIO: Mañana es sábado.

MARCELA: *(Ríe nerviosa.)* ¿De veras! Ya me aturde el trabajo.

MARIO: *(Cariñoso, seductor y sincero, pero cursi.)* Tú eres mujer para el hogar.

MARCELA: Es lo que yo digo. La mujer en su casa. Pienso que por algo una es la que tiene a los niños.

MARIO: ¡Eso! La mía ya me está quitando a mi hija. Bueno. Por un lado, me hubiera gustado tener a un machito.

MARCELA: Luego si una no los atiende salen drogadictos o maricones. ¡Ni lo mande Dios! Por eso él quiere que trabaje.

MARIO: *(Queriendo ser comprensivo.)* ¿Sólo por eso?

MARCELA: Que me aburro, que tengo que hacer otra cosa en la vida aparte de ir al super. Él no me entiende. Pero estoy aprendiendo a vivir con lo que tengo.

MARIO: No te dejes. ¿Por qué te vas a dejar? Yo no me voy a dejar más de la mía. Ella tiene que estar en su casa con los míos. Para eso la hice mi señora. Y si no, me divorcio y total. Me busco a otra. Otra así como tú.

MARCELA: *(Nerviosa y confundida.)* Ya me voy.

MARIO: *(Con subtexto.)* ¿Te quieres ir?

MARCELA: Mira. Ha sido un día muy raro. No lo voy a olvidar jamás, pero tengo que regresar a la casa.

MARIO: A lo mejor ya estás y no te has dado cuenta.

MARCELA: ¿Qué?

MARIO: A lo mejor ésta es tu casa, y la mía.

MARCELA: *(Entiende lo que quiere decir.)* No. La mía está...

MARIO: Yo siento que así pasan las cosas. Por algo estamos aquí.

MARCELA: No te pongas así. No digas esas cosas. Tú tienes a tu mujer. Yo a mi marido.

MARIO: Yo no dije nada.

MARCELA: Es una locura. Todo esto fue una locura. Ya me voy ahora sí.

MARIO: Bueno, como quieras.

Los dos se incorporan. Ella se arregla el vestido.

MARCELA: ¿Tú qué vas a hacer?

MARIO: (*Encendiendo un cigarro.*) No sé. Te dije que me voy a quedar.

MARCELA: Un rato.

MARIO: No. No quiero regresar a la casa, al menos por hoy.

MARCELA: Avísale a tu mujer.

MARIO: (*Macho.*) No tengo por qué hacerlo. No me atiende, que me pierda.

MARCELA: Bueno, pues... (*Extiende la mano para despedirse.*)

MARIO: (*Hace lo mismo pero no se la suelta.*) Ahora sí confías en mí, ¿no?

MARCELA: ¿Qué?

MARIO: Por las cosas.

MARCELA: Sí. Ya te conozco un poco más. Sufres igual que yo.

Marcela se zafa la mano de Mario y carga la caja con su vajilla.

MARCELA: (*Indecisa.*) ¡Ay, no sé! Es que...

MARIO: Sí. De todas manera desconfías. Bueno, lo entiendo.

MARCELA: Ponte en mi lugar.

MARIO: Me voy, pero antes, ayúdame a poner el Árbol de Navidad.

MARCELA: ¿Pero para qué? Mañana nos vamos a llevar todo.

MARIO: Bueno, por eso.

MARCELA: (*Igual.*) Ya es bien noche.

MARIO: No nos tardamos.

MARCELA: Falta todavía para Navidad.

MARIO: ¿Entonces?

MARCELA: (*Indecisa.*) Pero que sea rápido. ¿Prometes que luego nos vamos?

MARIO: A lo macho.

Los dos sacan de la caja un árbol artificial. (Textos ad libitum.) Lo colocan en una de las esquinas.

MARIO: Nomás hace falta ponerle sus lucesitas y su... ¡No viene con adornos!

MARCELA: Claro que no. Eso se compra aparte.

MARIO: (*Resentido.*) ¡Cómo serán los comerciantes de veras! Nomás lo hacen para propiciar el consumismo. Creen que uno no se da cuenta.

Marcela encuentra una estrella hasta el fondo de la caja.

MARCELA: ¡Mira sólo viene la Estrella de Belén!

MARIO: Menos mal que tienen algo de respeto por nuestras creencias. ¡Usureros!

MARCELA: (*Sin hacerle caso. Se divierte.*) ¡Yo se la pongo! No alcanzo. Pónsela tú, mejor.

Mario coloca la estrella en el pico del árbol.

MARIO: Cualquiera pensaría que es de adiverías.

MARCELA: (*Inocente.*) ¿Qué?

MARIO: ¡El árbol, babosa! (*Ríe.*)

MARCELA: (*Ofendida.*) Yo no me llevo así contigo, ¿eh?

MARIO: ¿De qué?

MARCELA: Que yo no me llevo así, con tanta confianza.

MARIO: ¿Por qué?

MARCELA: No te hagas. No me digas eso. Eso sí me enoja mucho. Yo me doy a respetar...

MARIO: Está bien. Ya. Me doy. Tú ganas. Perdón. (*Apaga el cigarro en el piso.*)

Marcela ve el Árbol. Piensa algo. Luego saca de una de las cajas la lámpara de Mario.

MARIO: ¿Qué haces?

MARCELA: Así, para que no se vea tan pelón.

MARIO: (*Algo molesto.*) ¿Pero por qué agarras mis cosas?

MARCELA: Te gusta mucho tu lámpara ¿no? Para que se vea bonito.

MARIO: Pero todavía no es Navidad.

MARCELA: Bueno, vamos creyendo que es. Total, si ponemos las cosas en el árbol. Es cosa de pensarlo y ya.

MARIO: ¡Ah, bueno!

Mario la levanta para abrazarla efusivamente.

MARIO: Y entonces nos deseamos buenos deseos. ¿Verdad? Muy buenos deseos, ¿no?

MARCELA: (*Confundida.*) Sí. Claro. Felicidades. Bueno. (*Se separa sin ser grosera.*)

MARIO: Ya estoy sintiendo el espíritu navideño. ¿Tú no?

MARCELA: Sí. Aunque hace calor.

MARIO: Un poco.

MARCELA: Un mucho. Mejor nos cuidamos. Ayúdame a colocar más cosas.

Mario saca de una caja la vajilla de Marcela.

MARCELA: No, ésa déjala ahí. ¿Qué estás haciendo?

MARIO: Para estar al parejo.

MARCELA: ¡Espérate! Pero es que ésa me la voy a llevar.

Mario coloca la vajilla en el árbol, Marcela trata de impedirlo. (Textos ad libitum.) Un plato se estrella contra el suelo. Los dos se quedan viendo el desastre.

MARCELA: ¡Ya ves lo que hiciste!

MARIO: Tú tuviste la culpa.

MARCELA: *(Recogiendo los pedazos.)* Eres un animal. No sabes hacer nada bien.

MARIO: No me hables así.

MARCELA: Estúpido.

MARIO: *(Macho.)* No sigas porque...

MARCELA: ¿Y ahora qué voy a hacer?

MARIO: Tienes otra. Tú misma me lo dijiste.

MARCELA: No es cierto.

MARIO: No seas mentirosa. Lo dices para que me sienta mal. Ya comenzó el chantaje de las mujeres. A mí no me vienes con esas cosas.

Marcela mortificada empieza a juntar los pedacitos del plato para tratar de reconstruirlo.

MARCELA: Te juro que no. Lo compré precisamente por eso. Mi madre me regaló una igual el día de mi boda. Ya no la tengo. No tengo muchas cosas que me hagan recordar. Y luego tú me las rompes. No es justo *(Patética.)* Deja ver si puedo reconstruirlo.

MARIO: *(Cínico.)* Déjala así. No hay bronca. Para qué quieres recordar.

MARCELA: A mí me gusta. Ya te dije que tengo sentimientos nobles. Y quiero que mi hijo también los tenga. Que sepa que las cosas tienen un valor. Pero no de dinero, como tú lo ves todo.

MARIO: ¡Ah sí! Ahora yo soy el materialista. ¿De quién fue la idea de venir aquí?

MARCELA: Tuya.

MARIO: No es cierto. Tú fuiste la que empezaste: *(La imita.)* “Ay, cómo quisiera algún día comprar lo que realmente quisiera comprar”.

MARCELA: Yo te dije que llenáramos el taxi, no que viniéramos.

Los dos se sienten felices discutiendo. Se sienten en su verdadero elemento.

MARIO: No es cierto. Tú querías todo esto. Es más la que escogió el departamento fuiste tú.

MARCELA: Porque tienes gustos horrorosos.

MARIO: ¿Cómo sabes? A ver. ¿Cómo sabes? ¿Te consta? Ni me conoces, y ya estás hablando.

MARCELA: Pues nomás ve la lámpara ésa. Está horrible.

MARIO: ¿Qué te traes con ella?

MARCELA: Está espantosa. Toda cursi



MARIO: Era de mi padre. Fue cuando murió.

MARCELA: Fue otra tan cursi como la que compraste.

MARIO: No te metas con mis recuerdos. Eso a ti qué te incumbe.

MARCELA: Mucho. Me rompiste los míos. Era el único que me quedaba. No tengo más. Ya todo lo que tengo es desechable. Ya no me queda nada.

MARIO: Y ni siquiera; porque tampoco la vajilla es la de a de veras. Quieres recordar cosas que no son tuyas, porque esos platos pertenecieron a otra familia. Mira, lo tuyo es un simple plato.

Mario toma otro plato y lo rompe.

MARIO: ¿Ves?

MARCELA: (*Enojadísima.*) ¡No los rompas!... ¡Pendejo!

MARIO: ¡Cómo me dijiste!

MARCELA: ¡Pendejo!

Mario rompe otro plato.

MARIO: ¡Pendeja tú!

MARCELA: ¡Pendejo tú!

Mario rompe otro plato.

MARIO: ¡Pendeja tú!

MARCELA: ¡No! ¡Tú!

MARIO: ¡Tú!

MARCELA: ¡Tú!

MARIO: ¡Tú!

MARCELA: ¿Qué me dijiste?

MARIO: ¡Que tú!

Marcela toma la lámpara y lo amenaza con romperla.

MARCELA: ¡Pues toma tu...!

MARIO: Si lo haces te mato.

De coraje y desesperación, Mario rompe otro plato impulsivamente.

MARCELA: ¡Ah verdad!

MARIO: Es de mi papá.

MARCELA: ¡A mí qué me importa! Ni conocí al vejete ése. Además, es una simple lámpara. ¿Quieres ver?

MARIO: Te mato.

MARCELA: ¡Qué bonito se siente darle en la torre a las cosas!

MARIO: ¡No te metas con mi familia, te lo advierto!

MARCELA: Tú te metiste con la mía.

Los dos forcejean (Textos ad libitum). Marcela suelta la lámpara y se estrella contra el piso. Otra vez los dos se quedan inmovilizados, viendo los pedazos esparcidos por el suelo. Mario la voltea a ver lentamente y su rostro se llena de odio.

MARIO: (*Sarandeándola.*) ¡Desgraciada!

MARCELA: ¡Suéltame que me lastimas!

MARIO: ¡Vas a ver quién es el que manda aquí!

MARCELA: No me toques.

Mario la tira al piso. Marcela se queja de dolor.

MARIO: (*Quitándose el cinturón.*) Ahora vas a aprender a respetarme.

Mario cuerea a Marcela y la cachetea. Marcela logra darle una patada en la espinilla. Mario cae al piso. Los dos ruedan hasta llegar al colchón. (De alguna manera se debe lograr comunicar que los dos gozan el momento de víctima-verdugo.)

MARCELA: Ya no por favor, ya no me pegues. ¡Ya! Tú ganas pero por favor ya no, ya no. Te juro que no lo vuelvo a hacer. No quiero que te disgustes conmigo.

Mario se acaricia los nudillos.

MARIO: Y eso que he perdido práctica, si no te mataba.

MARCELA: No, ya no. Lo que tú digas.

Los dos han quedado insertados uno en el otro. Mario expresa su deseo por besarla, pero ella lo evita y empieza a llorar.

MARIO: No, ya no llores. Ya. Gracias.

MARCELA: No, perdóname tú a mí.

MARIO: No. Yo me pasé. Pero gracias, deveras gracias.

MARCELA: No, tú a mí. Ya necesitaba que alguien me pusiera en mi lugar.

MARIO: (*Falsa modestia.*) No es para tanto. Simplemente hago lo que me corresponde hacer y ya. Yo te debo de dar las gracias.

MARCELA: ¿Pero por qué?

MARIO: Porque me devolviste la confianza en mí mismo.

MARCELA: ¿Yo? ¿De veras? (*Falsa modestia.*) Bueno, también una como mujer hace lo que puede.

MARIO: ¡Que te viera la mía! Ya estoy perdiendo autoridad, pero deja ahora que regrese a la casa. (*Se ve el puño derecho.*)

Se incorpora y apresuradamente busca algo entre las cajas. Marcela lo ve sin entender lo que pasa. Mario encuentra una caja envuelta para regalo y se la entrega.

MARCELA: ¿Para mí?

MARIO: Sí. Te lo había comprado, entre tantas cosas que hicimos hoy. Por lo de la Navidad, pero ahora te lo doy para agradecerte lo que haces por mí.

MARCELA: No digas eso, por favor.

Marcela ahora es la que busca entre las cajas y encuentra otro paquete envuelto para regalo y se lo entrega.

MARIO: ¿Para mí?

MARCELA: Sí.

MARIO: Pero...

MARCELA: Porque por fin, alguien me hace caso.

MARIO: (*Falsa modestia.*) Bueno, yo...

MARCELA: Felicidades.

Los dos se abrazan.

MARIO: Ya empiezo a sentir el espíritu de Año Nuevo.

MARCELA: ¿Tú entiendes por qué nuestras parejas no nos comprenden?

MARIO: No. No lo sé ¿Por qué será? Somos tan normales. Somos casi perfectos.

MARCELA: Yo creo que es por eso.

MARIO: Sí. Ya estoy pensando que somos distintos al común de la gente.

Se separan.

MARCELA: Gracias otra vez. Porque, porque, te voy a ser sincera. Muy sincera. Escúchame bien lo que te voy a decir porque es la verdad. La verdad de las cosas es que no le intereso a mi marido. Me da muchas "libertades", como dice. Eso, lo único que significa es que... ya no le importo. Porque yo digo, amor es estar todo el tiempo con la otra persona. A lo mejor suena cursi, ya te dije que yo soy de sentimientos nobles. Me gusta hacer bien. No sé. (*Soñadora.*) Amor es estar a su lado todo el tiempo y hacerlo todo juntos, hacer muchas cosas. Tener detalles con esa persona, y que se preocupe por uno.

MARIO: (*Falsamente sincero, aunque no se de cuenta.*) Me gustas porque contigo puedo platicar de cosas profundas. Con mi mujer ya no se puede, siempre anda discutiendo mi autoridad. ¡A mí me tocó ser el hombre, que se aguante! Yo no pedí ser el varón. Si hubiera sido mujer, me hubiera aguantado como macho.

MARCELA: (*Cambio.*) Bueno, pero ya. A un lado el sufrimiento y a abrir los regalos.

Los dos abren sus regalos. Marcela encuentra una pistola para el pelo.

MARCELA: (*Algo desencantada.*) ¡Ay, qué bonita!

MARIO: Para que te hagas chinos en el pelo.

MARCELA: Sí. . . sólo que por el momento no los uso. Creo que no van conmigo. Pero gracias de todas maneras.

Mario empieza a peinarla a su gusto sin importarle nada.

MARIO: Claro que sí, mira: te agarras así, luego esto lo haces así, y te cortas un poco el pelo, más o menos. Yo no soy estilista, pero así me gustas más.

MARCELA: (*No muy satisfecha.*) Bueno, sí, gracias, otra vez.

Mario encuentra con que su regalo es un equipo para escritorio (plumas, porta papeles, etc.) y hace toda la pantomina de alegría.

MARIO: (*Falsamente.*) ¡Ah! ¡Pero qué sorpresa! Lo que me faltaba. Ahora solamente necesito comprarme un escritorio.

Marcela entiende lo que pasa.

MARCELA: No te gustó.

MARIO: Sí, lo que pasa es que, bueno, así como tú. . . este, no tengo escritorio. No uso, vaya. ¿Para qué?

Marcela toma el papel de la envoltura y se lo da.

MARCELA: (*Ofendida.*) Escógelo tú.

Con una mirada indica las cajas.

MARIO: ¿Entre tus cosas? No hombre, ya déjalo así. Total.

MARCELA: (*Muy seria.*) No, es que si no, yo me voy a sentir muy mal.

MARIO: Así déjalo. Ya te dije que no importa.

MARCELA: (*Más seria todavía.*) Insisto.

MARIO: No seas terca. Como dicen en la tele: "Lo que importa es el detalle, no el regalo".

MARCELA: Así no es. Es el juguete, y el anuncio es para niños.

MARIO: (*Algo molesto.*) Bueno, da igual.

MARCELA: (*Ofendida y en tono chantajista.*) Para ti. Me haces sentir inútil. No sirvo para nada.

MARIO: Bájale, no lo tomes tan a pecho. Es sólo un regalo.

MARCELA: Pues por eso. Es un regalo de Navidad. No es cualquier cosa.

MARIO: (*Molesto.*) Pues por eso. Es un regalo y punto.

MARCELA: ¡Ahí está!

MARIO: (*Grosero.*) Pues es lo que yo digo. ¡Ya! Es un regalo. Ya no quiero hablar de eso. (*Pausa.*) (*Con dolo.*) Es un regalo que no sirvió para una chingada, pero no tiene importancia. (*Enciende otro cigarro.*)

MARCELA: ¡Cómo te gusta hacerme sentir mal!

MARIO: Porque no aprendes. No es mi culpa que no sepas comprar.

MARCELA: (*Más ofendida.*) ¡Dime lo que quieras, pero no me digas eso!

MARIO: (*Riéndose cínicamente.*) Es la verdad. Me di cuenta ahora que compramos todo esto. No sabes lo que quieres.

Mario dijo su texto como si estuviera discutiendo a nivel existencial que Marcela no sabe lo que quiere en la vida. Marcela recibe la acusación con el mayor dolor que una persona pueda sentir, al ser atacado su amor propio, su esencia más profunda; como si su vida dependiera de ello.

MARCELA: ¡Ni se te ocurra decir eso!

MARIO: Pues ya lo sabes: (*Como diciendo la grosería más fuerte del lenguaje castellano.*) “No sabes comprar”.

MARCELA: (*Gritando.*) ¡Llevo 33 años de mi vida haciéndolo, los mismos que tengo! 7 de casada; 5 que mi marido me deja comprar lo que quiera. Los mismos 5 desobedeciéndolo porque quiero que sea él el que me ordene qué comprar. Y sólo hoy que hice lo que me dio la gana... Y tú me sales con que no sé comprar. (*Con rabia.*) ¿No había otra lámpara en el otro buró donde murió tu padre?

MARIO: (*Entre dolido y amenazante.*) ¡Tú... no... por... te vo... sigue...
¡No te metas con mi familia! Ya te dije.

MARCELA: Y aparte te apesta la boca.

Mario toma su saco y se lo pone de mala manera. Se dirige a la puerta. Apaga el cigarro en el colchón.

MARCELA: (*Con autoridad de esposa y madre con derechos.*) ¿A dónde vas?

MARIO: ¡Qué te importa!

MARCELA: ¿Me vas a dejar aquí, así nada más?

MARIO: Mañana vengo por mis cosas.

MARCELA: Ya van a ser las 12 de la noche. Vamos a tomar las uvas.

MARIO: ¿Qué?

MARCELA: Digo si ya no nos vamos a ver, hay que celebrar el fin de año.

MARIO: (*Seco.*) Estamos a quince. Le falta.

MARCELA: Bueno, ya lo sé. También faltan unas semanas para Navidad y ya abrimos los regalos. Es cosa de que nosotros queramos festejar, ¿o no? Prefiero eso a seguir discutiendo. ¿Dónde están las uvas?

MARIO: (*Desconcertado y malhumorado.*) ¿Cuáles uvas? No compramos. Sólo hay de plástico pero esas son para el adorno de arriba de la tele.

MARCELA: No le hace. Hacemos como que nos las comemos. Es más, a beso por mes. ¿Qué haces?

MARIO: Voy a poner el radiodespertador para la hora exacta.

Entran comerciales en segundo plano.

MARCELA: (*Fría.*) Ya faltan 5 segundos.

MARIO: (*Molesto.*) ¡Déjame oír! Ya sé. Cuando terminen los comerciales.



Salen comerciales y entra el himno nacional (o alguna despedida, mensaje gubernamental, etc. que indique fin de transmisión.)

MARCELA: Uno (*beso*), dos (*beso*), tres (*beso*).

MARIO: ¡Qué ridículo!

MARCELA: Cuatro (*beso*). ¡Ándale! Cinco (*beso*), seis (*beso*), siete (*beso*). Yo no dije nada con lo del Árbol.

MARIO: ¡Qué demonios estoy haciendo aquí!

MARCELA: Ocho (*beso*), nueve (*beso*), diez. Vamos a tratar de ser felices, ¿sí? ¡Ya ves! Se me fue la numeración.

MARIO: (*Resignado.*) Te quedaste en 10.

MARCELA: (*Duda.*) No, yo en ti no creo nada. Ocho (*beso*), nueve (*beso*), diez (*beso*), once (*beso*) y doce (*beso*). ¡Felicidades! (*Salen los mensajes, o el Himno Nacional. Entra "ruido" de radio —fin de transmisiones—.*) Un abrazo.

MARIO: (*Patético.*) Ya estoy sintiendo el espíritu de año nuevo.

Al mismo tiempo termina el Himno Nacional. Mario apaga el radio despertador, regresa a abrazarla efusivamente. (Textos ad libitum de felicitaciones). No dejan de abrazarse. Se produce una larga pausa. Luego se besan, sin darse cuenta pisan el control remoto de la televisión y prenden la videocassettera. Sólo se escucha el off del video pornográfico. La luz empieza a desvanecerse. Son iluminados por la televisión que sigue colocada en dirección a ellos. (El espectador no la ve.) Ruedan por el colchón al tiempo que se apaga la televisión. Oscuro. Las luces se encienden en fade. Es de día. Marcela y Mario están desnudos en el colchón cubiertos por una sábana blanca. Marcela está dormida en el extremo izquierdo y Mario en el derecho. El espectador sólo ve sus cabelleras. Marcela despierta abruptamente. Se sienta en la cama tapándose con la sábana. (El espectador sólo ve su espalda descubierta.) Se toca la cabeza con preocupación. Mario despierta amodorrado. Quiere abrazarla pero ella no se deja.

MARIO: ¿Qué pasa?

MARCELA: ¡Dios santo!

MARIO: ¿Qué?

MARCELA: Ya me voy.

MARIO: (*Burlón, cree que ella bromea.*) Llevas diciendo eso desde que nos conocimos, y ya ves.

MARCELA: (*Enojada.*) ¡Estúpido!

MARIO: (*Sentándose en la cama y enciende otro cigarro.*) ¡A ti qué diablos te pasa!

MARCELA: ¡Cúbrete!... ¡Por favor!

MARIO: Ya déjate de cosas y dame un besito.

MARCELA: No me toques.

MARIO: ¿Y ahora?

MARCELA: Lo que hicimos está muy mal. ¡Muy mal! ¡Dios santo! Ni siquiera le avisé a mi marido.

MARIO: Ya sería el descaro. Aunque a lo mejor te entiende.

MARCELA: No te hagas el simple. Sabes a lo que me refiero. Ha de estar muy preocupado el pobre.

MARIO: ¿Pues no que era muy liberal? Que se aguante. Aunque ayer lo odiabas. ¿No?

MARCELA: Ayer... ayer fue otro día. No sé lo que me pasó. Yo no hago estas cosas. Yo no soy así.

MARIO: Yo sí.

MARCELA: No me importa lo que tú hagas. Ya me quiero ir.

MARIO: Lo hecho, hecho está.

MARCELA: (*Muy lastimada.*) ¡Macho!

MARIO: Yo soy macho en la cama. ¿O no la pasaste bien?

MARCELA: ¡Pendejo!

Marcela sale disgustada de la cama llevándose la sábana para taparse, pero al mismo tiempo descubre a Mario. Él se tapa el sexo con las manos.

MARCELA: ¡Tápate!

Marcela le arroja la sábana para que se cubra y ahora ella queda desnuda. Ella grita y él ríe. Marcela se refugia entre las cajas.

MARIO: Ya déjate de cosas, te digo, y vente.

Mario se pone cómodo. Pausa.

MARIO: ¿Tú no has oído de los deseos ocultos? O sea, de las fantasías ocultas que todos tenemos.

MARCELA: Yo lo único que quiero es regresar a mi casa.

Mario continúa sin hacerle caso. Se recuesta en el colchón recargando su cabeza en sus manos entrelazadas. Marcela mete las manos en las cajas para sacar ropa nueva que usa para vertirse.

MARIO: La otra vez que estaba editando un programa, de esos educativos, decían que son las cosas sexuales que queremos pero que las ocultamos. ¡Eso sí... nos encantan!

MARCELA: (*Entre burla y reproche.*) ¡Qué culto eres! No quiero saber nada.

MARIO: Pues hay algo de eso. Por mi oficio, uno ve muchas cosas. Por eso tengo muchos temas de conversación. Como te decía, una de nuestras fantasías sexuales es la de tener un amante. ¿Te fijas? Resulta que tú eres mi fantasía.

Marcela no contesta.

MARIO: Por lo tanto yo también soy tu fantasía.

Marcela tampoco contesta, simplemente se asoma para verlo y comunicar su desilusión con un gesto. Vuelve a ocultarse.

MARIO: (*Convencido.*) Y es cierto. Mira. Yo siempre he querido tener una mujer así, como tú. Que le guste su casa. Que me atienda. ¿Me entiendes? Las que se quieren liberar como mi esposa, nomás hacen el ridículo. Estoy esperando a ver a qué horas regresa a pedirme perdón. Sé de varias.

VOZ DE MARCELA: Por más liberadas. Las mujeres llevamos la peor parte.

MARIO: Es lo que yo le digo a mi mujer, pero es terca. (*Pausa.*) ¿Cuáles son tus fantasías?

Marcela no responde. Mario se sienta en el colchón.

MARIO: Una vez le conté a mi mujer las mías y se enojó. Me dijo que esas cosas se van descubriendo. Y sí. Como que después ya no hubo chiste. Creo que es en lo único que ha tenido razón. Por eso ya cambié de fantasías. Tengo nuevas. Ahora ya no se las digo a nadie.

MARCELA: (*Seria se asoma por entre las cajas.*) Tú no entiendes nada, ¿verdad? No entiendes. Te estoy hablando muy en serio.

MARIO: Pero, ¿por qué te pones así? La pasamos bien, ¿o no? Estoy segurísimo que tú también la pasaste bien. ¿Dime algo no?

MARCELA: (*Vistiéndose.*) Pues el cigarro deveras que hace daño. Lo único que quiero es regresar a mi casa, con mi marido, con mis hijos, con los míos.

MARIO: (*Ofendido reclama como macho.*) ¡Qué quisiste decir con eso!

MARCELA: Nada. (*Pausa. Para sí.*) Ya sé por qué te compras tus videos.

MARIO: ¿La pasamos bien? ¡No!

MARCELA: Mira Mario. Te hablo en serio. Independientemente de todo. Yo quiero olvidar este día. Entiéndeme, te lo suplico.

MARIO: ¿De veras?

MARCELA: Te lo digo muy en serio.

MARIO: ¿Y yo qué?

MARCELA: Fue un mal paso. “En la casa del jabonero el que no cae resbala”. Ya lo dijo tu madre. A cualquiera le puede pasar.

MARIO: Podemos intentar...

MARCELA: (*Interrumpiendo.*) No. Nada. Espero que olvides lo que aquí pasó.

MARIO: (*Chantajista.*) No lo creo. No me pidas eso. Yo estoy seguro que somos uno para el otro. Te gané.

MARCELA: Yo no.

MARIO: Ayer no pensabas igual.

MARCELA: Por estúpida.

MARIO: A mí nunca me usan así, ¿sabes?

Marcela termina de vestirse.

MARCELA: No te estoy usando, simplemente... Se me fueron las patas. Yo me voy.

Mario saca otro cigarro y lo enciende con el que está fumando. Luego se incorpora tapándose con la sábana. Marcela se dispone a salir pero Mario se lo impide. Piensa hacer algo heroico para convencerla.

MARIO: (*Amenazante.*) ¡Espérate!

MARCELA: No me toques, por favor. Hablo en serio.

MARIO: (*Sincero.*) ¿De veras?

MARCELA: Sí.

MARIO: No lo creo.

MARCELA: Pues más te vale que lo vayas creyendo. No pienso volverte a ver.

MARIO: Cuando me extrañes hablamos.

MARCELA: Pero ni pienses. Es más, te puedes quedar con todo. No me importa que mi marido me mate. ¡Por puta!

MARIO: No digas eso. Estás muy nerviosa.

MARCELA: ¡Sí, por puta! Soy una puta.

Mario la abraza y ella se zafa dando un grito.

MARCELA: ¡No me toques!

MARIO: ¡Ya está bien, no te toco, no te toco! ¡Ya!

MARCELA: Le digo que me asaltaron y que me dejaron lejos, y que no supe qué hacer y que... Ahí que Dios me diga qué le digo.

MARIO: No sabes lo que dices. Y tu marido no sabe lo que tiene.

MARCELA: Sí, a una ramera.

MARIO: Otra vez.

MARCELA: Te regalo todo. Todo. Ya me voy.

Mario va a una de las cajas y de ella saca un martillo y clavos.

MARCELA: ¿Qué haces?

Mario encuentra las notas de los productos comprados y las clava en la pared.

MARCELA: ¿Qué estás haciendo?

MARIO: Lo que ves.

MARCELA: ¿Para qué las clavas?

MARIO: Porque ahí se van a quedar.

Mario termina de clavarlas.

MARIO: (*Agitado.*) Ahí las dejamos. A lo mejor y regresamos por ellas algún día.

MARCELA: Ya te dije que...

MARIO: (*Interrumpiendo.*) Ya sé lo que me dijiste. Ya lo sé. Te puedes arrepentir. Es de humanos. Yo tengo valores también. Principios; tampoco es fácil para mí. Pero un día podemos regresar...

MARCELA: No.

MARIO: Tú piénsalo. Y si no, entonces que se quede todo aquí. Que no sirvan para nada.

MARCELA: No me importa.

MARIO: Ni modo. Pudo haber estado bien. Que se queden entonces. Ya qué.

Marcela abre la puerta y descubre a un mensajero con un paquete en las manos.

MENSAJERO: Manjares 24, departamento 1.

MARCELA: Sí.

MENSAJERO: Vengo de Televentas. Traigo el pedido de compact disc.

Marcela y Mario intercambian miradas.

MARCELA: No, yo creo que se equivocaron.

MARIO: No, está bien. Pásele.

MENSAJERO: Con permisito.

MARCELA: *(Al mensajero.)* ¿Me regala un cigarro?

Reacción de sorpresa de Mario.

MENSAJERO: Con todo gusto.

El mensajero le da un cigarro y se lo enciende. Marcela agradece con la cabeza. El mensajero entra y se dirige a donde se encuentra Mario.

MARIO: Voy a pagar con tarjeta.

MENSAJERO: No hay problema.

De una maleta saca un libro y una impresora de tarjetas de crédito. Marcela niega con la cabeza y sale dejando la puerta entreabierta. Mario le entrega su tarjeta al mensajero, y éste la introduce en la impresora. La casera entra con cautela.

CASERA: Buenas. ¿No molesto? Vengo por lo que falta de la mensualidad.

El mensajero jala de la manija para registrar la tarjeta y en ese momento se oscurece el escenario. Al iluminarse nuevamente (abajo izquierda) encontramos a Marcela formada, esperando que abran la caja para cobrar. Mira hacia todos lados esperando, de alguna manera, encontrar a Mario. Un aparato de radio está encendido y podemos escuchar los comerciales que indican que ya es día 30 de diciembre Penúltimo día de compras.

CAJERA: La que sigue.

Marcela se adelanta y entrega un recibo.

MARCELA: 1723659—1 Bodega de muebles.



La cajera le extiende otro en el que Marcela firma. Luego espera. Sigue mirando a todas partes. La cajera le hace entrega de un sobre con dinero. Ella lo revisa mientras se aleja de la caja. Mario entra a escena por la derecha. La ve y se queda parado. Marcela se dirige a él sin darse cuenta por estar contando su dinero. Luego levanta la vista y lo ve. Se detiene. Los dos se quedan inmóviles por un instante.

MARIO: *(Incómodo.)* ¿Cómo estás?

MARCELA: *(Aparentando tranquilidad.)* Yo bien, gracias... ¿Y tú?

MARIO: También.

Pausa.

MARIO: *(Sin saber qué decir.)* ¿Tu hijo?

MARCELA: Bien. Gracias. *(Pausa.)* ¿Y la tuya?

MARIO: También bien. Gracias.

MARCELA: Qué bueno.

MARIO: Sí. Bueno... ¡Ah! ¿Le gustó el regalo?

MARCELA: *(Incómoda.)* ¿Cuál?

MARIO: El cochecito. El que le... *(Se acuerda que lo dejó en el departamento.)*

MARCELA: Ése lo dejé...

MARIO: Sí, perdón. Yo también dejé la muñeca, ahora que me acuerdo.

MARCELA: Le voy a comprar otro *(muestra su quincena)* para el día de Reyes.

MARIO: Yo también se la voy a comprar a la mía. Aunque tenga que pedir otro préstamo.

MARCELA: *(No puede contener una sonrisa.)* Qué bueno.

MARIO: ¿Por qué no vamos juntos a comprarlos?

Pausa.

MARCELA: Es que a lo mejor lo compro mañana. Es el último día del año.

MARIO: ¡De los ochenta!

MARCELA: Sí. Éste. Por eso, además quiero pasar esa noche "con mi familia".

MARIO: Sí, claro, desde luego. Yo también.

MARCELA: Bueno.

MARIO: Bueno.

Se dan las manos. Luego ella intenta irse pero él la detiene.

MARIO: Marcela. *(Pausa.)* Todavía sigue el departamento.

MARCELA: Sí, lo sé.

MARIO: ¿Ya lo pensaste?

MARCELA: *(Confundida.)* Ya.

Marcela sigue su camino hasta salir de escena. La caja sale por la izquierda y sólo queda Mario en proscenio viendo al público. Las luces se apagan lentamente.

te. Al encenderse de nuevo, se logra ver el departamento tal y como lo dejaron por última vez. Se escuchan pasos de mujer que llegan hasta la puerta de entrada. Se abre la puerta y aparece Marcela y con mucha cautela entra al departamento para quedarse parada justo a un lado del colchón. Por algunos instantes inspecciona la habitación. Su mirada termina en el colchón. Recuerda. Se inclina para tocarlo suavemente, como quien acaricia a un bebé. En ese momento entra a escena Mario de uno de los cuartos. Lleva prendido un cigarro entre los labios. Camina con paso largo y carga una caja. Marcela se incorpora. Se ven sorprendidos. Mario deja lentamente la caja en el piso, sin dejar de verla. Apaga su cigarro en el piso.

MARIO: (*Avergonzado.*) Marcela. Yo. Créeme que. Como me dijiste. Yo pensé que pues. Vine por lo que es mío. Sólo eso. Nunca pensé que siempre sí querías. Y...

Simultáneamente, entra por el mismo lugar la esposa de Mario llevando consigo otra caja. La ve. Luego entra su marido. No sabe qué pensar.

LEONOR: ¿Se le ofrecía algo?

Marcela no contesta. Mario no sabe qué hacer.

LEONOR: (*A su marido.*) ¿Qué sucede?

Mario intenta hablar pero no puede. Se limita a cruzarse de brazos y encogerse de hombros, como esperando el final. Entra apresurado el marido de Marcela.

JAVIER: Pude dejar la camioneta frente al... (*Los ve.*) ¿Qué pasa?

Mario entiende a qué ha venido Marcela. Los dos son cómplices de la misma traición. El radio despertador suena (como si se tratara de una campana de boxeo para dar inicio a la pelea) de inmediato se escuchan comerciales, que perdurarán durante toda la escena. Mario y Marcela corren hasta la pared donde clavaron las notas y sin decir una sola palabra, empiezan a pelear por las que son suyas, sus parejas no entienden nada.

JAVIER: ¿De qué se trata esto?

Mario y Marcela empiezan a guardar las mercancías en las cajas.

LEONOR: (*Sospechosa.*) ¿Qué se me hace que aquí...! (*Ve que Marcela se lleva una lavadora.*) ¡Oiga eso es nuestro!

MARCELA: (*A su marido.*) Mete esto rápido a la caja y bájala.

JAVIER: Quiero que me digas qué es todo esto. (*A Mario.*) ¡Dejé la video ahí!

MARCELA: (*A Javier.*) Luego, luego.

MARIO: (*Refiriéndose a una caja se dirige a su esposa.*) Saca esto al pasillo.

Teatro

LEONOR: Yo no hago nada. (*A Marcela que guarda la licuadora en una caja.*)
¡Qué con la licuadora!

Mario y Marcela siguen en su tarea de guardarlo todo. Ellos mismos empiezan a sacar las cajas al pasillo ante las miradas incrédulas de Javier y Leonor.

JAVIER: Me dijiste que era bodega. Esto no parece bodega.

LEONOR: Parece otra cosa.

JAVIER: Y nosotros parecemos...

LEONOR: ¡Idiotas!

JAVIER: Nos vieron la cara.

Marcela y Mario siguen sacando las cajas. En segundo plano se escuchan los comerciales. (Mediante los comerciales se anuncian los productos que van saliendo de escena.)

LEONOR: ¡Qué poca madre! Terminó el romance y cada quien viene por lo suyo.

JAVIER: Y encima les ayudamos.

Mario entra y sale del departamento.

MARIO: No. Yo luego te explico en la casa. Ayúdame.

LEONOR: ¡Que te ayude tu padre, que en paz descanse!

MARIO: No te metas con mi familia. (*Sigue trabajando.*)

Marcela entra y sale llevando y trayendo cosas.

MARCELA: (*A su marido.*) ¡No te quedes ahí...!

JAVIER: Pero claro que no. De tu burla ya estuvo suave, fíjate.

LEONOR: (*A Mario.*) ¡Con que tuviste que salir de la ciudad la otra vez! Desde hace mucho ya no me importas, lo que detesto es que te pases de listo conmigo. Y como ya no me dejo de ti, puedes irte al carajo.

JAVIER: ¡Váyanse al carajo!

LEONOR: ¡Eso!

MARIO: No te vayas. Obedéceme una vez en tu vida.

LEONOR: Jamás. ¡Gracias a Dios!

La esposa de Mario se encamina a la puerta.

JAVIER: (*A la esposa de Mario.*) Espéreme. Yo también me voy.

MARCELA: (*Arrastrando cajas en dirección de la puerta.*) No me hagas esto. Ayúdame. ¿Dónde estás cuando te necesito?

JAVIER: En la casa. Ahí voy a estar. Allá nos vemos. (*A Leonor.*) Vámonos.

Los dos salen cerrando la puerta. Mario y Marcela no se dan cuenta. Han sacado

ya todas las cajas. Sólo queda el colchón y sobre él los dos regalos que cada uno se hizo para sus hijos y el radio despertador (todavía encendido). Mario y Marcela se apresuran a tomarlos, pero se equivocan de regalos.

MARCELA: Éste es el regalo de mi hijo.

MARIO: Pero yo lo compré. Tú quédate con el colchón.

MARCELA: ¡Egoísta! Quédate con lo que sobre. No necesito tus limosnas.

Mario hace una expresión de desaprobación, como diciendo: "Mira quién lo dice". Por su parte Marcela no insiste y hace un ademán indicando que le importa poco el regalo o lo que sea. Tira el suyo y sale. Mario ve su regalo enciende un cigarro. Le da dos fumadas. No sabe qué hacer.

MARIO: ¡Pues ni yo tampoco!

También deja el regalo de su hija sobre el colchón —al lado del de el hijo de Marcela—. Sale. Las luces se apagan lentamente y un cenital ilumina al colchón. Se escuchan dos motores de autos encenderse y arrancar en direcciones opuestas hasta dejar de oírse. Salen comerciales y entra el locutor de radio.

LOCUTOR DE RADIO: Hoy es el último día del año ¡Qué digo del año: De la década! Los noventa nos esperan. En unas cuantas horas más se quedarán 10 años en el olvido. Todo diferente. Nuevos conceptos de compra. En los noventa, podrá adquirir relojes de la Perestroika; televisores Ceausescu. Diseños de ropa a la José Martí. *(En off va desapareciendo la voz.)* Pedacitos del muro de Berlín. . .

Oscuro total.

